

LA TORRE OSCURA

STEPHEN KING

La Hierba del Diablo (1982)

La Invocación (1987)

Las Tierras Baldías (1991)

La Bola de Cristal (1997)

Estas novelas, que usan elementos temáticos del poema de Robert Browning ‘Childe Roland to the Dark Tower Came’, cuentan la saga de Roland, el último de los pistoleros, que se embarca en la búsqueda para hallar la torre Oscura por razones que el autor tiene aún que desvelar. Por el camino, Roland se encuentra los restos de lo que alguna vez fue una sociedad próspera, de naturaleza feudal, pero tecnológicamente bastante avanzada, que ha caído ahora en decadencia y ruina. King combina elementos de fantasía con ciencia-ficción en una mezcla surrealista de pasado y futuro.

El primer libro, *La Hierba del Diablo*, nos presenta a Roland, quien va en pos del Hombre de Negro, la figura de un enigmático hechicero, atravesando un vasto desierto. Mediante escenas retrospectivas, el lector descubre que Roland era miembro de una familia noble en el mundo de la Torre Oscura, y que ese mundo pudo o no haber sido destruido con ayuda del Hombre de Negro. A lo largo del camino, Roland se encuentra con los extraños habitantes de este mundo innumerable, incluyendo a Jake, un joven muchacho quien, a pesar de ser sacrificado a fines del primer libro, figurará de manera prominente en posteriores volúmenes. Roland consigue dar alcance al Hombre de Negro, y descubre que debe ir en busca de la Torre Oscura para encontrar respuesta a las preguntas de por qué debe él embarcarse en esta búsqueda y lo que contiene la Torre.

El siguiente libro, *La Invocación*, nos muestra a Roland reclutando tres personas de la Tierra de nuestros días para unírsele en su camino hacia la Torre Oscura. Ellos son Eddie, el yonki ‘mula’ que trabaja para la Mafia, Suzannah, una parapléjica con personalidades múltiples; y Jake, cuya aparición sobrecoge a Roland, quien sacrificó a Jake en su propio mundo durante su persecución en pos del Hombre de Negro. Roland salva la vida de Jake en la Tierra, pero el cisma resultante casi le vuelve loco. Roland debe también ayudar a los otros dos a luchar contra sus propios demonios, siendo el de Eddie su adicción a la heroína y la culpa de no haber sido capaz de salvar la vida de su hermano, y el de Suzannah la guerra entre sus diferentes personalidades, la primera una gentil mujer, la otra una psicópata racista. Cada uno de los tres lidia con sus problemas con la ayuda de los otros, y juntos, el cuarteto parte en la jornada hacia la Torre.

El tercer libro, *Las Tierras Baldías*, narra la primer parte de esa travesía, examinando a detalle el pasado de cada uno de los tres personajes nacidos en la Tierra. El libro alcanza su clímax cuando Jake es secuestrado por un culto que prospera en las ruinas de una ciudad desmadejada, guiada por un hombre al que solo se conoce como Flagg (un personaje que ha aparecido en otras novelas de King como la encarnación pura del mal). Roland rescata a Jake y el grupo huye de la ciudad en un sistema monorraíl, cuyo programa de inteligencia artificial ha logrado la conciencia a costa de su propia cordura. El monorraíl los reta a un torneo de adivinanzas siendo sus vidas el premio si son capaces vencer a la máquina, que clama saber toda adivinanza existente.

La Bola de Cristal, el cuarto volumen de la serie, ubica a Roland, Jake, Eddie y Suzannah que continúan su jornada hacia la Torre Oscura, moviéndose a través de una desértica parte del Mundo-Medio que es una vaga reminiscencia de la Tierra del siglo veinte. Durante sus viajes encuentran una “raedura” un debilitamiento peligroso de la barrera entre los diferentes tiempos y lugares. Roland la reconoce y se da cuenta de que su mundo se destruye más rápido de lo que él pensaba. La raedura lo apresura a recordar la ocasión en que por primera vez la encontró, hace ya muchos años en un viaje hacia el oeste con sus amigos Cuthbert y Alain, cuando Roland recién se había ganado el título de Pistolero. Esta es la historia – de tres chicos encubriendo el complot contra el gobierno a cargo y el primer amor de Roland, una chica llamada Susan Delgado – que es el tema central del libro. Mientras los tres se las arreglan para destruir la conspiración, Susan es asesinada durante la lucha de los habitantes de Hambry. La historia provee a Jake, Eddie y Suzannah de una nueva visión dentro del pasado de Roland y de porqué él debe sacrificarlos para lograr su objetivo máximo de salvar su mundo. El libro concluye con el cuarteto en movimiento, una vez más, hacia la Torre.

LAS HERMANAS PEQUEÑAS DE ELURIA

POR STEPHEN KING

(Nota del Autor: Los libros de La Torre Oscura comienzan con Roland de Gilead, el último pistolero en un mundo exhausto que se ha ‘movido’, en busca de un hombre de túnica negra. Roland ha estado persiguiendo a Walter por mucho tiempo. En el primer libro del ciclo, finalmente le da alcance. Esta historia, sin embargo, ocurre mientras Roland aún se encuentra tras la pista de Walter. Por lo tanto, no es necesario un conocimiento de los libros para que usted comprenda – y espero disfrute – la historia que sigue. S.K)

I. Tierra Llena. El Pueblo Vacío. Las Campanas. El Chico Muerto. El Vagón Volcado. La Gente Verde.

En un día en Tierra Llena tan caluroso que parecía sorber el aliento de su pecho antes que pudiera verlo, Roland de Gilead llegó a las puertas de una villa en las Montañas Desatoya. Por entonces, se hallaba viajando solo, y pronto viajaría también a pie. La semana anterior había tenido la esperanza de hallar un doctor-de-caballos, pero supuso que un tipo así no le haría mucho bien, aún si en este pueblo hallaba alguno. Su monta, un ruano de dos años, estaba ya bastante agotado.

Las verjas del pueblo, aún decoradas con flores de algún festival u otro, se cernían abiertas y dando la bienvenida, pero el silencio que había más allá de ellas no estaba nada bien. El pistolero no escuchaba el casqueteo de caballos, ni el retumbante sonido de las ruedas de un vagón, no había griterío de comerciantes en el mercado. Los únicos sonidos eran los bajos zumbidos de los grillos (una especie de bicho, en todo caso, era aún mas entonada que los grillos en eso), un misterioso sonido de golpes sobre madera, y el débil y soñador tañido de pequeñas campanas.

También las flores que se enroscaban sobre las vigas de hierro forjado que adornaban las verjas estaban muertas desde hacía tiempo.

Entre sus rodillas, Topsy emitió dos huecos estornudos –K’chow! K’chow! – y se tambaleó hacia un lado. Roland desmontó, en parte por respeto al caballo en parte por falta de respeto a sí mismo – no quería romperse una pierna bajo Topsy si Topsy elegía ese momento para rendirse e ir a medio galope hacia el claro al final de su camino.

El pistolero se postró sobre sus polvorientas botas y tejanos desvaídos bajo el inclemente sol, acariciando el opaco cuello del ruano, deteniéndose de vez en cuando para tironear con los dedos en la enredada crin de Topsy, y deteniéndose una vez para ahuyentar a las pequeñas moscas que se apiñaban en las comisuras de los ojos de Topsy. Las dejaría poner sus huevecillos y criar sus larvas ahí cuando Topsy estuviese muerto, pero no antes.

De ese modo, Roland honraba a su caballo lo mejor que podía, escuchando esas campanas distantes y soñadoras y el sonido de golpes sobre madera. Tras un momento se detuvo en su ausente acicalamiento y miró pensativamente hacia la puerta abierta.

La cruz sobre su centro era un poco inusual, pero por lo demás la puerta era un ejemplo típico de su clase, común del oeste que no era útil sino tradicional – todos los pequeños pueblos que había visitado durante los últimos diez meses parecían tener una así por donde llegabas (grande) y una más por donde salías (no tan grande). Ninguna había sido construida para excluir a los visitantes, ciertamente esta no. Se apostaba entre dos muros de adobe rosado que transcurrían a lo largo de aproximadamente diez metros a cada lado del camino y luego simplemente se detenían. Cierra la puerta, asegúrala con muchos cerrojos y ello solo significaba una breve caminata rodeando un tramo de pared de adobe o el otro.

Más allá de la puerta, Roland pudo ver lo que en todos aspectos parecía ser una Calle Principal –una posada, dos tabernas (una de las cuales se llamaba El Cerdo Bullicioso; el cartel de la otra estaba demasiado desvaído para leerlo), un comercio, una herrería, un Salón de Reuniones. Había también un pequeño pero bastante bello edificio de madera con un modesto campanario en lo alto, un robusto cimiento de piedra sin labrar en la base, y una cruz pintada en oro en sus puertas dobles. La cruz, como aquella sobre la puerta, marcaba éste sitio como un lugar de veneración para aquellos que creían en el Hombre-Jesús. Esta no era una religión común en el Mundo Medio, pero tampoco era desconocida; y lo mismo se podía decir de la mayoría de formas de adoración en esos días, incluyendo la veneración a Baal, Asmodeus, y un ciento más. La fé como todo lo demás en estos días, se había movido. En lo que a Roland concernía, el Dios de la Cruz era solo una religión más que enseñaba que el amor y el asesinato estaban inexorablemente ligados – que al final, Dios siempre bebía sangre.

Entretanto, estaba el zumbante canturreo de insectos que sonaban *casi* como grillos. El soñador tañido de las campanas y ese extraño golpeteo sobre madera, como un puño golpeando una puerta. O la cubierta de un ataúd.

Algo aquí no está nada bien, pensó el pistolero. Cuidado Roland; este lugar tiene un olor rojizo

Guió a Topsy por las puertas con sus adornos de flores muertas hacia la Calle Principal. En el porche del comercio, donde los viejos se debían haber reunido para hablar sobre cosechas, política, insensatos de la nueva generación, había solo una fila de mecedoras

vacías. Sobre una de ellas, como si la hubiese dejado una descuidada (y antaño muerta) mano había una chamuscada pipa de mazorca. El perchero en el frente del Cerdo Bullicioso se encontraba vacío; las ventanas de la propia taberna estaban oscuras. Una de las puertas abatibles había sido arrancada y estaba colocada a un costado del edificio; la otra colgaba entreabierta, sus tablillas de un verde deslustrado estaban salpicadas de manchas marrones que bien podían ser pintura, pero que probablemente no lo eran.

El frente del alquiler de caballerizas se encontraba intacto, como el rostro de una mujer que tiene acceso a los buenos cosméticos, pero el doble granero en la parte trasera era un esqueleto chamuscado. Aquel fuego debió haber ocurrido en un día lluvioso, pensó el pistolero, de lo contrario el pueblo entero pudo haber ardido en llamas; un alegre giro y todos reunidos ahí para verlo.

Ahora hacia su derecha, a mitad del trayecto hacia donde la calle se abría hacia la plaza del pueblo, estaba la iglesia. Tenía bordes herbosos a ambos lados, uno separando la iglesia del Salón de Reuniones, la otra a la pequeña casa situada a un costado para el predicador y su familia (si esta era una de las sectas de Jesús que permitía a sus Sacerdotes a tener esposas y familias, eso significaba que; algunas de ellas, que eran claramente administradas por lunáticos, demandaban que al menos se mantuviese el celibato). Había flores en esas franjas herbosas, y a pesar de que lucían marchitas, la mayoría estaban aún vivas. Así que lo que quiera que hubiese ocurrido aquí que vaciara el lugar debió ocurrir hacía no mucho tiempo. Una semana, tal vez. Dos a lo sumo, dado el calor.

Topsy estornudó otra vez – K'chow! – y bajó la cabeza pesadamente.

El pistolero halló la fuente de los tañidos. Sobre la cruz en las puertas de la iglesia, había un cordón atado en un arco bajo. De él pendían tal vez dos docenas de campanillas de plata. Casi no había brisa este día, pero sí la suficiente para que las pequeñas campanas no se mantuvieran del todo quietas ... y si sopla un viento real, Pensó Roland, el sonido del tintineo de las campanas resultaría probablemente menos placentero; como el estridente parloteo de lenguas chismosas.

“¡Hola!” Llamó Roland, mirando sobre la calle hacia el cartel de frente falso que proclamaba ser el Hotel Camas Buenas. “¡Hola, al pueblo!”

No hubo respuesta, salvo las campanas, los entonados insectos, y aquel extraño golpeteo de madera. Ninguna respuesta, ningún movimiento ... pero había gente aquí. Gente o *algo*. Estaba siendo observado. Los pequeños cabellos en la base de la nuca se erizaron.

Roland avanzó un paso, dirigiendo a Topsy hacia el centro del pueblo, levantando polvo del suelo a cada paso. Cuarenta pasos más adelante se detuvo frente a un edificio bajo que estaba marcado con una sola palabra corta: LEY. La oficina del Alguacil (si había algo así tan lejos de las Baronías Interiores) se parecía mucho a la iglesia – tablas de madera que proyectaban una sombra café oscuro de verdadera prohibición sobre cimientos de piedra.

Las campanas tras él se agitaron y murmuraron.

Dejó al ruano de pie en mitad de la calle y dirigió sus pasos hacia la oficina de LEY. Estaba muy consciente de las campanas, del sol abrasando la parte trasera del cuello, y del sudor chorreándole a los costados. La puerta estaba cerrada pero no asegurada. La abrió, luego retrocedió con un respingo, elevando a medias la mano cuando el calor atrapado en el interior lo acometió con un jadeo silencioso. Si todos los edificios cerrados se encuentran tan calientes como este en el interior, musitó, el alquiler de graneros no tardaría en ser el único armatoste quemado. Y sin lluvia que detenga las flamas (y ciertamente sin un departamento de voluntarios contra incendios, no más), el pueblo no tardaría en ser parte del rostro de la tierra.

Entró, tratando de dar cortos respiros en el sofocante aire mas que respirar profundamente. Inmediatamente oyó el zumbido bajo de moscas.

Había una sola celda, amplia y vacía, su puerta de barras se encontraba abierta. Unos sucios zapatos de piel sin costuras se encontraban debajo de una litera, cubiertos de aquella sustancia seca color marrón que aparecía en El Cerdo Bullicioso. Ahí era donde estaban las moscas, posándose sobre la mancha, alimentándose de ella.

Sobre el escritorio había un libro. Roland lo volvió hacia él y leyó las palabras impresas en su cubierta:

REGISTRO DE DELITOS Y CASTIGOS
EN LOS AÑOS DE NUESTRO SEÑOR
ELURIA

Ahora ya conocía el nombre del pueblo al menos Eluria. Bonito, sin embargo también omnioso de alguna manera. Pero cualquier nombre hubiese resultado omnioso, supuso Roland, dadas las circunstancias. Se volvió para salir y vio una puerta cerrada y asegurada con un cerrojo de madera.

Se dirigió hacia ahí, permaneció de pie ante ella un momento, entonces sacó uno de los grandes revólveres que llevaba bajo las caderas. Permaneció así un momento más, la cabeza gacha, pensando (a Cuthbert, su viejo amigo, le gustaba decir que las ruedas dentro de la mente de Roland, giraban lentas pero excesivamente bien), y entonces corrió el cerrojo. Abrió la puerta e inmediatamente se hizo hacia atrás, elevando la pistola, a la espera de que un cadáver (tal vez el Alguacil de Eluria) se proyectara hacia la habitación con la garganta cortada y los ojos arrancados, víctima de un DELITO que necesitaba CASTIGO.

Nada.

Bueno, media docena de monos de trabajo que los prisioneros de larga estadía probablemente requerían usar, dos arcos, una carcaja de flechas, un viejo y polvoriento motor, un rifle que probablemente hubiera disparado por última vez hacía cien años y un estropajo ... pero en la mente del pistolero, todo ello se reducía a nada. Sólo un armario de almacenaje.

Se volvió hacia el escritorio, abrió el registro y lo hojeó. Incluso las páginas estaban tibias, como si el libro hubiese sido horneado. De alguna manera, pensó que así había sido. Si la ubicación de la Calle Principal fuese diferente, él habría esperado un mayor

número de ofensas religiosas que reportar, pero no le sorprendió no hallar ninguna ahí – si la iglesia del Hombre-Jesús había coexistido con un par de tabernas, los religiosos debieron ser razonablemente justos.

Lo que halló Roland fueron las habituales ofensas insignificantes, algunas no tan insignificantes – un homicidio, el hurto de un caballo, el Asalto a una Dama (que seguramente sería una violación). El asesino había sido transferido a un sitio llamado Lexingworth para ser colgado. Roland nunca había oído de ese lugar. Una nota hacia el final rezaba *Gente Verde echada de aquí*. No significaba nada para Roland. El registro más reciente decía *12/Fe/99. Chas. Freeborn, robo de ganado a ser juzgado*.

A Roland no se le hacía familiar la connotación *12/Fe/99*, pero tenía bastante relación con Febrero, supuso que Fe podría significar Tierra Llena⁽¹⁾. En cualquier caso, la tinta parecía casi tan fresca como la sangre en la litera de la celda, y el pistolero tuvo la certeza de que Chas. Freeborn, ladrón de ganado, había alcanzado el claro al final de su camino.

Salió al calor y al perezoso sonido de las campanas. Topsy miró cansadamente a Roland, entonces volvió a bajar la cabeza, como si hubiera algo en el polvo de la Calle Principal que pudiese pacer. Como si alguna vez quisiera volver a pacer, en todo caso.

El pistolero juntó las riendas, sacudió el polvo en ellas contra sus descoloridos tejanos, y continuó caminando por la calle. El sonido de golpeteo en madera se intensificaba a medida que caminaba (no había enfundado su pistola al salir de LEY, ni le preocupaba enfundarla ahora), y mientras se acercaba a la plaza del pueblo, que debió haber acogido el mercado de Eluria en tiempos normales, Roland al fin vio movimiento.

En el lado alejado de la plaza había un largo abrevadero, al parecer de palo hacha (lo que algunos por aquí llamaban ‘secoya’) que aparentemente en tiempos más felices se alimentaba de una mohosa pipa de acero que ahora permanecía seca en el límite sur. Pendiendo sobre un costado de este oasis municipal, a la mitad de su altura, estaba una pierna embutida en unos descoloridos tejanos grises y terminando en una bota de vaquero bastante mordisqueada.

El rumiante era un gran perro, tal vez dos tonos más gris que los tejanos de pana. Bajo otras circunstancias, Roland pensó que el perro hubiese quitado la bota hacía tiempo, pero quizá el pie y la pantorrilla se hubiesen hinchado. En cualquier caso, el perro hacía bien su trabajo de solamente masticar el obstáculo hasta quitarlo. Apresaría la bota y la sacudiría atrás y adelante. En cada ocasión el tacón de la bota chocaría con el costado de madera de la pileta, produciendo otro golpe hueco. El pistolero, al parecer, no había estado tan equivocado al pensar en cubiertas de ataúd después de todo.

¿Por qué no solamente retrocede unos pasos, salta a la pileta, y se sirve? Se preguntó Roland. Sin agua que salga de la pipa, no hay temor de ahogarse.

(1) Del Término en Inglés Full Earth (Tierra Llena) – (N. De la T.)

Topsy emitió otro de sus huecos, y cansados estornudos, y el perro se volvió en respuesta, Roland comprendió por qué hacía las cosas de la manera difícil. Una de sus patas delanteras se había roto feamente y estaba torcida. Caminar significaría un reto para él, saltar, ni pensarlo. Sobre su pecho tenía un manchado parche de piel blanca. Creciendo sobre el parche había piel negra en una burda figura cruciforme. Un Perro-Jesús, quizá esperando un poco de comunión vespertina.

No había nada de religioso en el gruñido que comenzó a salir de su pecho, en cualquier caso, o el giro de sus reumáticos ojos. Levantó el labio superior en una mueca estremecedora, revelando un amplio conjunto de dientes.

‘Piérdete’. Dijo Roland ‘Mientras puedas’

El perro retrocedió hasta que sus cuartos traseros presionaron la bota mordisqueada. Observaba al forastero fieramente, pero dejaba claro que permanecería en su territorio. El revólver en la mano de Roland no tenía un significado para él. El pistolero no se sorprendió – supuso que el perro nunca había visto uno, no tenía idea de que fuera otra cosa salvo una especie de vara, que solo podía arrojarse una vez.

‘Aprisa tú, ya’ Dijo Roland, pero el perro no se movió.

Debió haberle disparado –no se beneficiaba ni a sí mismo, y un perro que hubiese adquirido el gusto por la carne humana no podía beneficiar a nadie mas – pero de alguna manera no quiso hacerlo. Matar la única criatura viviente en este pueblo (aparte de los insectos cantores) le parecía a Roland como una invitación a la mala suerte.

Disparó hacia el polvo cerca de la zarpa delantera sana del perro, el sonido atronó en el ardiente día y temporalmente silenció a los insectos. El perro podía caminar, al parecer, solo que a un paso renqueante que lastimó los ojos de Roland... y también su corazón, un poco. Se detuvo en el extremo alejado del centro, junto a un vagón plano y volcado (parecía haber más sangre seca salpicada en el lado del cargador), y miró atrás. Profirió un desamparado aullido que erizó los vellos de la nuca de Roland todavía más.

Después se volvió, bordeó el vagón volcado y cojeó hacia una vereda que se abría entre dos de los establos. Este camino llevaría hacia la verja trasera de Eluria, supuso Roland.

Aún dirigiendo su moribundo caballo, el pistolero cruzó la plaza hacia la pileta de palo hacha y miró en su interior.

El propietario de la bota mordida no era un hombre sino un chico que apenas empezaba a adquirir sus rasgos de crecimiento – y hubiera sido un gran crecimiento en verdad, juzgó Roland, aún haciendo a un lado los efectos del embotamiento que resultó de haber sido sumergido por cualquier cantidad de tiempo en veintitrés centímetros de agua bajo el sol del verano.

Los ojos del chico, ahora unos círculos lechosos, miraban ciegamente hacia el pistolero como los ojos de una estatua. Su cabello aparentaba ser blanco, de edad avanzada, solo que aquello era por efecto del agua, parecía ser un rubio claro. Sus ropas eran las de un vaquero, aunque no podía tener mas de catorce o dieciséis años. Alrededor de su cuello,

brillando opacamente sobre lo que lentamente se tornaba en un caldo de piel bajo el sol veraniego, había un medallón de oro.

Roland metió la mano al agua, sin gustarle pero sintiendo cierta obligación. Envolvió el medallón entre sus dedos y jaló. La cadena se partió, y elevó el objeto hacia el aire.

En realidad esperaba un sigil del Hombre-Jesús – lo que llamaban el crucifijo o la cruz – pero en su lugar colgaba de la cadena un pequeño rectángulo. El objeto parecía ser de oro puro. Grabado en él había una leyenda:

James

Amado por su familia, Amado por DIOS

Roland, quien se había sentido asqueado de tocar el agua contaminada (siendo joven nunca hubiese hecho algo así), se alegraba ahora de haberlo hecho. Quizá nunca se encontrase con aquellos que amaban a este chico, pero sabía lo suficiente de *Ka* para pensar que podría suceder. En cualquier caso, eso era lo correcto. También lo sería dar al chico un entierro decente... asumiendo, claro, que pudiera sacar el cuerpo de la pipa sin que este se rompiese dentro de sus ropas.

Roland consideraba esto, intentando aquilatar lo que debía hacer en esta circunstancia contra su creciente deseo de salir de este pueblo, cuando Topsy finalmente cayó muerto.

El ruano se desplomó con un desenchajado crujido y un último y gimiente resoplido al golpear el suelo. Roland se volvió y vio a ocho personas en la calle, caminando hacia él en línea, como agitadores que esperasen ahuyentar aves o llevar a cabo un pequeño juego. Su piel era de un ceroso color verde. Gente con semejante piel probablemente brillaría en la oscuridad como los fantasmas. Era difícil discernir su sexo, y qué importaba – a ellos o a quien fuese? Eran mutantes lentos, caminando con el deliberado avance de cadáveres reanimados por alguna magia arcana.

El polvo había cubierto sus pies como una alfombra. Con el perro ahuyentado, bien hubieran logrado llegar a una distancia de ataque si Topsy no le hubiese hecho a Roland el favor de morir en un momento tan oportuno. No llevaban armas, que Roland pudiera ver; únicamente iban armados con varas. Estas eran patas de silla y patas de mesa, en su mayoría, pero Roland vio una que parecía estar hecha mas que solo tomada – tenía un borde de mohosas púas pegadas a él – y sospechaba que habría sido alguna vez – propiedad de algún fanfarrón de cantina, posiblemente el que mantenía el orden en El Cerdo Bullicioso.

Roland levantó su pistola, apuntando al tipo en el centro de la línea. Ahora podía oírles arrastrar los pies y la húmeda congestión de su respiración. Como si tuvieran un fuerte resfrío en el pecho.

Salieron de las minas, es lo más probable, pensó Roland. Hay minas de radio aquí, en algún lugar. Eso explicaría lo de la piel. Me pregunto por qué el sol no los mata.

Entonces, al mirar al del final de la línea –una criatura con una cara que parecía cera derretida – en efecto murió... o sufrió un colapso, en todo caso. Él (Roland estaba bastante seguro que se trataba de un macho) cayó de rodillas con un bajo, y gutural

lamento, buscando a tientas la mano de la cosa que caminaba junto a él – algo con una protuberante cabeza calva y rojas llagas quemándose en su cuello. Esta criatura no reparó en su compañero caído, y continuó clavando sus opacos ojos en Roland, balanceándose a cada paso vacilante con el resto de sus compañeros.

‘Deteneos donde estáis’ dijo Roland. “¡Escuchadme si queréis vivir hasta el final del día! ¡Escuchadme muy bien!”

Hablaba principalmente para el tipo del medio, que usaba unos viejos tirantes sobre los restos de una camisa, y un inmundo sombrero de bombín. Este sujeto tenía solo un ojo bueno, y escudriñaba al pistolero con una codicia tan horrible como indudable. El tipo al lado de Bombín (Roland pensaba que éste bien podría ser una mujer, con los colgantes vestigios de pechos bajo el vestido que llevaba) arrojó la pata de silla que sostenía. El arco fue certero, pero el misil falló su objetivo por poco 9.1 metros.

Roland activó el gatillo de su revólver y disparó otra vez. Esta ocasión, la mugre que desplazó la bala golpeó en los harapientos vestigios del zapato de Bombín en vez de en una garra de perro cojo.

La gente verde no corrió como lo hizo el perro, pero se detuvieron, mirándole con su oscura codicia. ¿Habría terminado la gente desaparecida de Eluria en los estómagos de estas criaturas? Roland no podía creerlo... salvo que estos no mostrarían escrúpulos contra el canibalismo. (Y quizá no se tratase de canibalismo, no realmente; ¿Cómo podría considerarse a estas criaturas como humanos, o cualquier otra cosa que hubiesen sido antes?) Eran demasiado lentos, demasiado estúpidos. Si se habían atrevido a volver al pueblo después que el Alguacil los corriese, hubiesen sido quemados o apedreados hasta morir.

Sin pensar en lo que hacía, queriendo solamente liberar su otra mano y apuntar con su segundo revólver en caso de que las apariciones no aparentasen razonar, Roland metió en el bolsillo de sus tejanos el medallón que había tomado del chico muerto, empujando la fina cadena de eslabones al final.

Permanecieron de pie mirándole, sus extrañas y torcidas sombras dibujándose tras de sí. ¿Qué seguía? ¿Decirles que volviesen de dónde quiera que hubiesen venido? Roland no sabía si lo harían, y en cualquier caso decidió que le parecía mejor tenerlos donde pudiera verlos. Y por lo menos ahora no quedaba duda en cuanto a quedarse a enterrar al chico llamado James; esa cuestión estaba resuelta.

‘No os mováis’ dijo en la baja lengua, comenzando a apartarse. ‘El primero que se mueva –’

Antes de que pudiera terminar, uno de ellos – un gnomo de pecho ancho con la boca con una mueca de sapo y lo que parecían agallas en su deformado cuello – avanzó, farfullando en una aguda y peculiarmente floja voz.

Pudo haber sido una especie de risa. Ondeaba lo que parecía ser una pata de piano.

Roland disparó. El pecho del señor Sapo se curvó hacia adentro como un trozo defectuoso de techo. Dio varios pasos hacia atrás, tratando de mantener el equilibrio y

agarrándose el pecho con la mano que no sostenía la pata de piano. Sus pies, calzados en unas sucias pantuflas de terciopelo rojo con los tobillos doblados, se enredaron y cayó, profiriendo un extraño y en cierto modo solitario gorgoteo. Soltó su vara, rodó hacia un lado, intentó levantarse y cayó de nuevo en el polvo. El ardiente sol brillaba en sus ojos abiertos, y ante la mirada de Roland, se comenzaron a elevar blancas estelas de vapor de su piel, que perdía rápidamente su tonalidad verdosa. Se escuchó también un sonido siseante, como un salivazo sobre una estufa caliente.

Al menos eso ahorra explicaciones, pensó Roland, y volvió su mirada hacia los otros. ‘Muy bien, él fue el primero en moverse. ¿Quién será el segundo?’

Nadie quería, al parecer. Solamente se apostaron ahí, mirándolo, sin avanzar hacia él... pero también sin retroceder. Pensó (igual que lo hizo con el perro-crucifijo) que debía matarlos mientras estaban ahí parados, solamente sacar su otro revólver y eliminarlos. Solo tomaría cuatro segundos, sería un juego de niños a sus hábiles manos, aún si algunos corrían. Pero no pudo.

No así de fríamente. No era ese tipo de asesino... al menos, aún no.

Muy lentamente, comenzó a andar hacia atrás, primero bordeando su camino alrededor de la pileta, y después interponiéndola entre él y ellos. Cuando Bombín dio un paso al frente, Roland no dio oportunidad a los otros para imitarlo; lanzó una bala al polvo de la calle principal a solo 2.5 centímetros del pie de Bombín.

‘Es su última advertencia,’ dijo, usando aún la baja lengua. No tenía idea si la entendiesen, y realmente no le importaba. Supuso que habían adivinado el tono de la música bastante bien. ‘La próxima bala que dispare devorará el corazón de alguien. Así es como funciona, vosotros os quedáis y yo me marcho. Tenéis solo esta oportunidad. Seguidme y moriréis. Hace mucho calor para juegos y he perdido mi –‘

‘¡Booh!’ chilló una burda y líquida voz detrás de él. Se oía indudablemente el júbilo en ella. Roland vio alargarse una sombra de aquella del vagón volcado, al que casi ya había llegado y apenas tuvo tiempo de comprender que otro de los tipos verdes se había escondido detrás de él.

Al volverse, una vara se estrelló en el hombro de Roland, entumeciendo su brazo derecho hasta la muñeca. Aferró la pistola y disparó una vez, pero la bala alcanzó una de las ruedas del vagón, golpeando un rayo de madera y girando la rueda sobre su eje con un agudo sonido chirriante. Detrás de él, pudo oír a la gente verde clamando roncamente, profiriendo chillidos mientras se lanzaban a la carga.

La cosa que se había escondido tras el vagón volcado era un monstruo con dos cabezas saliendo de su cuello, una el laxo vestigio de un cadáver. La otra, aunque igual de verde, estaba viva. Los gruesos labios se expandieron en un jovial gesto mientras levantaba su vara para golpear de nuevo.

Roland apuntó con su mano izquierda – la que no estaba entumecida y distante. Tuvo tiempo de atravesar una bala en el gesto del montonero, despidiéndole hacia atrás en un rocío de sangre y dientes, la porra escapándose de sus dedos en relajación. Los otros ya estaban sobre él, aporreando y golpeando.

El pistolero fue capaz de esquivar el primer par de proyectiles, y hubo un momento en que pensó que sería capaz de girarse hacia la parte posterior del vagón volcado, girar y voltear para accionar las pistolas. Seguramente podría hacer eso. Seguramente su búsqueda de la Torre Oscura no supondría que terminase en una calle arrasada por el sol de un pequeño y lejano pueblo del oeste llamado Eluria, a manos de media docena de mutantes lentos de piel verde. Seguramente *ka* no podía ser tan cruel.

Pero Bombín lo atrapó con un lanzamiento de maléfico efecto lateral, y Roland se estrelló contra la rueda trasera del vagón que giraba lentamente en lugar de cubrirse con él. Al caer sobre manos y rodillas, todavía confundido e intentando volverse, intentando evadir los proyectiles que llovían sobre él, vio que ahora había más de media docena. Llegando por la calle hacia la plaza central había al menos treinta hombres y mujeres verdes. Esto no era un clan, sino una maldita tribu de ellos. ¡Y a descubierto, en la ardiente luz del día! En su experiencia, los mutantes lentos eran criaturas que amaban la oscuridad, casi como hongos venenosos con cerebro, y nunca había visto unos como estos antes. Ellos –

La del vestido rojo, era hembra. Sus escasos pechos que se bamboleaban bajo el sucio vestido rojo, fueron las últimas cosas que vio claramente a medida que se arremolinaban a su alrededor y sobre él, atizándole con sus varas. El que tenía la vara con púas se inclinó sobre su pantorrilla derecha, clavando profundamente sus mohosos púas. Roland intentó de nuevo levantar una de sus grandes pistolas (su visión ya se estaba desvaneciendo, pero eso no les serviría si comenzaba a dispararles; él siempre había sido el más endiabladamente talentoso de todos; Jamie DeCurry había proclamado una vez que Roland podía disparar con los ojos vendados, porque tenía ojos en los dedos), y la patearon lejos de su mano hacia el polvo. A pesar que aún podía sentir el suave tacto de madera de sándalo de la culata de la otra, pensó que, sin embargo, ya la había perdido.

Podía olerlos – el intenso, y fétido olor de la carne en descomposición. ¿O serían solo sus manos en su débil e inútil esfuerzo de proteger su cabeza? ¿Sus manos, que habían tocado el agua contaminada donde flotaban las manchas y tiras del cuerpo del chico muerto?

Las varas se estrellaban en él, golpeándole por todos lados, como si la gente verde no solo quisiese matarlo a golpes, sino también amasarlo en el proceso. Y mientras se hundía en la oscuridad de lo que casi creía que sería su muerte, escuchó a los bichos cantar, el perro que había hecho que dejase de ladrar, y las campanas que colgaban en la iglesia, sonando. Estos sonidos se conjugaron en una extraña y dulce música. Y después, también eso se fue, la oscuridad lo engulló todo.

II. Elevándose. Colgando Suspendido. Belleza Blanca. Otros Dos. El Medallón

El regreso del pistolero al mundo no fue como volver al estado consciente tras un desvanecimiento, como había ocurrido antes en varias ocasiones, y no era como despertar del sueño tampoco. Era como elevarse.

Estoy muerto, penso en algún momento durante el proceso... cuando el poder pensar le había vuelto al menos parcialmente recuperado. Muerto y elevándome hacia cualquier

otra vida que exista. Eso debe ser. Los cantos que oigo deben ser los cantos de las animas.

La oscuridad total dio paso a grises nubarrones, después a un tenue gris de niebla. Este se iluminó hasta la uniforme claridad de una pesada bruma momentos antes de que la atravesase el sol. Y a través de todo ello estaba esa sensación de elevarse, como si estuviera atrapado en una suave pero poderosa corriente de aire.

Al comenzar a disminuir la sensación de elevación y una vez que percibió mayor claridad a través de sus párpados, Roland al fin comenzó a creer que aún estaba vivo. Era el canto lo que lo había convencido. Nada de animas, ni el celestial recibimiento de los ángeles que a veces describían los predicadores del Hombre-Jesús, sino sólo aquellos bichos. Parecidos a grillos, pero con más dulce voz. Los que había escuchado en Eluria.

Con este pensamiento, abrió los ojos.

Su creencia de encontrarse aún con vida fue severamente juzgada, pues Roland se halló a sí mismo suspendido en un mundo de belleza blanca – su primer perplejo pensamiento fue que se hallaba en el cielo, flotando entre una nube de buen tiempo. A su alrededor estaba el abundante canto de los bichos. Ahora podía oír también el tañido de campanas.

Intentó volver la cabeza y osciló en una suerte de arnés. Lo podía oír crujiendo. El suave canto de los bichos, parecidos a grillos en el césped al final del día de regreso a casa allá en Gilead, titubeó y cambió de ritmo. Cuando ocurrió Roland sintió lo que parecía un árbol de dolor que se expandió por su espalda. No tenía idea de lo que podrían ser estas ardientes ramas, pero el tronco seguramente era su espina. Un lejano y más mortífero dolor se incrustó en la parte baja de una pierna – en su confusión el pistolero no sabía en cuál. Ahí fue donde me dio la vara con púas, pensó. Y más dolor en su cabeza. Su calavera se sentía como un huevo muy estrellado. Chilló y apenas pudo creer que el áspero graznido que escuchó provenía de su garganta. Pensó que también podía oír muy quedamente, el ladrido del perro-cruz, pero seguramente era su imaginación.

¿Estoy muriendo? ¿Habré despertado una vez más en el mismo fin?

Una mano acarició su frente. Podía sentirla pero no verla – dedos deslizándose sobre su piel, deteniéndose aquí y allá para masajear un nudo o una línea. Delicioso, como un trago de agua fría en un día caluroso. Comenzó a cerrar los ojos, y entonces lo acometió una idea horrible: ¿Qué tal si la mano era verde, y su dueño usase un andrajoso vestido rojo sobre sus colgantes pechos?

¿Qué hay con eso? ¿Qué podrías hacer?

‘Tranquilízate hombre,’ dijo una voz de mujer joven ... o tal vez de una niña. Ciertamente la primera persona en que Roland pensó fue en Susan, la chica de Mejis, la que le hablaba de tú.

‘Dónde... dónde...’

‘Tranquilo, no te agites. Todavía es muy pronto.’

El dolor de su espalda estaba remitiendo ya, pero la imagen de dolor como un árbol permaneció, pues su misma piel parecía moverse como hojas agitadas por una suave brisa. ¿Cómo podía ser?

Dejó ir la pregunta – dejó ir todas las preguntas – y se concentró en la pequeña y fresca mano que acariciaba su frente.

‘Relájate, hombre hermoso, el amor de Dios está contigo Y aún estás herido. Quédate quieto. Sana’

El perro había dejado de ladrar (si es que había estado ahí desde un principio), y Roland tomó consciencia del suave rechinar una vez más. Le recordaba a riendas de caballos, o algo – horcas – en las que no quería pensar. Ahora creyó sentir presión bajo sus muslos, sus nalgas, y quizá... sí ... sus hombros.

No estoy en una cama en absoluto. Creo que estoy sobre una cama. ¿Podrá ser?

Supuso que podría estar en un cabestrillo. Le pareció recordar que una vez, de muchacho, a un tipo que había sido suspendido de esa manera en la habitación del doctor-de-caballos en el Gran Salón. Un trabajador de establo que había sido profundamente quemado por queroseno como para permanecer tendido en una cama. El hombre había muerto, pero no demasiado pronto; durante dos noches, sus alaridos habían llenado el dulce aire veraniego de las Areas de Asamblea.

¿Estoy quemado, entonces, solo un tizón con piernas, colgado de un cabestrillo?

Los dedos tocaron el entrecejo, desvaneciendo el ceño que se estaba formando ahí. Y era como si la voz que acompañaba a la mano hubiese leído sus pensamientos, recogiénolos con las puntas de sus hábiles, reconfortantes dedos.

‘Estarás bien si es voluntad de Dios’, decía la voz de la mano. ‘Pero el tiempo pertenece a Dios, no a ti.’

No, de haber podido, él hubiera dicho. El tiempo pertenece a la Torre.

Entonces se deslizó hacia abajo una vez más, descendiendo tan suavemente como se había elevado, alejándose de la mano y de los soñadores sonidos del canto de los insectos y las campanas. Hubo un intervalo que pudo haber sido de sueño, o quizá inconsciencia, pero no volvió a perderse completamente.

En algún momento creyó escuchar la voz de la chica, aunque no podía asegurarlo, porque esta vez se elevó con furia, o miedo, o ambos. ‘¡No!’ chilló ella. ‘¡No puedes quitárselo y lo sabes! ¡Vuelve a lo tuyo y deja de hablar de eso, hazlo!’

Cuando recuperó la consciencia por segunda vez, no era más fuerte en cuerpo, pero sí un poco más él mismo en mente. Lo que vio cuando abrió los ojos no fue el interior de una nube, sino aquella primera frase de – belleza blanca – la que recurrió a su mente. De alguna manera, era el lugar más hermoso que Roland había visto en su vida... en parte porque aún tenía una vida, claro, pero sobre todo porque era un sitio fantástico y tranquilo.

Era una habitación enorme, alta y larga. Cuando Roland volvió la cabeza – cuidadosa, muy cuidadosamente – para calcular su medida tanto como pudiese, pensó que podía abarcar cuando menos unos 183 metros de punta a punta. Era una construcción estrecha, pero su altura daba al sitio la apariencia de una tremenda ventilación.

No había paredes ni techos con los que Roland estuviese familiarizado, sin embargo parecía como encontrarse dentro de una vasta tienda de acampar. Sobre él, daba el sol y su luz se difuminaba a través de ondulantes paneles de delgada seda blanca, convirtiéndolos en los vestigios de lo que él había tomado por nubes. Por debajo de este dosel de seda, la habitación era de una gris penumbra. Los muros, también de seda, ondeaban como velas en una ligera brisa. Colgando de cada muro-panel había una cuerda curvada que sostenía pequeñas campanas. Estas yacían sobre el tejido y sonaban en un bajo y encantador sonido al unísono con acompasados tañidos cuando los muros ondeaban.

Un corredor transcurría a lo largo de la habitación; a ambos lados de él había grupos de camas, cada una hecha con limpias sábanas blancas y en su cabecera unas relucientes y blancas almohadas. Había quizá unas cuarenta en la parte alejada del corredor, todas vacías, y otras cuarenta del lado de Roland. Había otras dos camas ocupadas aquí, la que estaba a la izquierda de Roland. Este chico-

Es el chico. El que estaba en la piletta.

La idea hizo que corrieran escalofríos en los brazos de Roland y le provocaron un desagradable comienzo. Entornó la mirada más atentamente en el muchacho que dormía.

No puede ser. Estás aturdido, eso es todo; no puede ser.

Aún escrutando más de cerca se rehusaba a desechar la idea. Ciertamente se parecía al chico de la piletta, probablemente enfermo (¿Por qué otra razón estaría en un lugar como este?), pero de ningún modo muerto. Roland podía ver el subir y bajar de su pecho, y el ocasional tic de los dedos que colgaban sobre el costado de la cama.

No le echaste un buen vistazo como para estar seguro de nada, y tras unos días en aquella piletta, ni su propia madre lo hubiera reconocido.

Pero Roland, quien había tenido una madre, sabía más que eso. También sabía que había visto el medallón de oro alrededor del cuello del chico. Justo antes del ataque de la gente verde, él lo había tomado del cadáver del chico y lo había puesto en su bolsillo. Ahora alguien – los dueños del lugar, probablemente, aquellos que mágicamente habían devuelto la interrumpida vida al chico llamado James – lo habían tomado de vuelta de Roland y colocado alrededor del cuello del muchacho.

¿Lo habría hecho la chica de la mano maravillosamente fresca? ¿Pensaría ella, en consecuencia, que Roland era un necrófago que robaba a los muertos? No quiso pensar en eso. De hecho, la noción lo hizo sentir más incómodo que la idea de que el cuerpo embotado del joven vaquero hubiera regresado a su estado normal y luego hubiese sido reanimado.

Un poco más adelante del corredor de este lado, quizá a una docena de camas vacías más allá del chico y de Roland Deschain, el pistolero vio a un tercer interno en esta extraña enfermería. Este tipo parecía al menos cuatro veces mayor que el chaval, y dos veces mayor que el pistolero. Tenía una larga barba, más gris que negra, que colgaba hasta la parte alta de su pecho en dos puntas bifurcadas. La cara por sobre ella estaba quemada por el sol, con profundas líneas, y el entrecejo abultado. Partiendo de su mejilla izquierda y atravesando el puente nasal, había una gruesa marca oscura que Roland pensó sería una cicatriz. El hombre barbado bien podía estar dormido o inconsciente –Roland podía oírle roncar- y estaba suspendido a un metro sobre su cama, sostenido por una compleja serie de cuerdas blancas que brillaban débilmente en el oscurecido aire. Estos cintos se entrecruzaban entre sí, formando una serie de ochos a lo largo de todo el cuerpo del hombre. Parecía un insecto en alguna exótica telaraña. Usaba un diáfano camisón blanco de pijama. Uno de los cintos corría entre sus nalgas, elevando su entrepierna de tal forma que parecía ofrecer el bulto de sus partes al aire gris y soñador. Más abajo en su cuerpo, Roland pudo ver las sombras oscuras de sus piernas. Parecían estar torcidas como viejos árboles retorcidos y muertos. Roland no apetecía pensar en cuantos lugares debían estar rotas para verse así. Y parecía que se estaban *moviendo*. ¿Cómo podía ser si el hombre barbado estaba inconsciente? Una ilusión de la luz, quizá, o de las sombras... quizá la diáfana prenda que usaba se estuviera agitando en una ligera brisa, o ...

Roland apartó la vista hacia arriba, hacia los ondulantes paneles de seda en lo alto, tratando de controlar el creciente latido de su corazón. Lo que vio no lo originaba el viento, ni una sombra, ni cualquier otra cosa. Las piernas del hombre de algún modo se movían sin moverse... como a Roland le había parecido sentir su propia espalda, moviéndose sin moverse. No sabía qué podía provocar semejante fenómeno, y no quería saber, por lo menos, aún no.

No estoy preparado, murmuró. Sentía los labios secos. Cerró nuevamente los ojos, queriendo dormir, queriendo no pensar en lo que las torcidas piernas del hombre barbado podían indicar sobre su propia condición. Pero-

Más vale que estés preparado.

Esa era la voz que parecía venir siempre que intentaba aflojar, chapucear una labor, o tomar la senda fácil rodeando algún obstáculo. Era la voz de Cort, su viejo maestro. El hombre cuya vara todos habían temido, de muchachos. No temían a la vara tanto como a su boca, en cualquier caso. Sus burlas cuando flaqueaban, su menosprecio cuando intentaban quejarse sobre su suerte.

¿Eres un pistolero Roland? Si lo eres, más vale que estés preparado.

Roland abrió otra vez los ojos y volvió la cabeza hacia la izquierda una vez más. Al hacerlo sintió algo desplazándose sobre su pecho.

Moviéndose muy lentamente, levantó su mano derecha sobre la cuerda que la sostenía. El dolor en su espalda se acrecentó y disminuyó. Dejó de moverse hasta decidir que el dolor no iba a empeorar (si tenía cuidado, al menos), entonces levantó la mano el resto del trayecto hacia su pecho. Encontró una vestimenta de fino tejido. Algodón. Bajó la

barbilla hacia su esternón y vio que llevaba puesto un camisón de pijama como el que cubría el cuerpo del hombre barbado.

Roland logró ver bajo el cuello de la vestimenta y sintió una fina cadena. Un poco más abajo sus dedos hallaron una figura metálica rectangular. Pensó saber de qué se trataba, pero debía asegurarse. La jaló hacia fuera, aún moviéndose con sumo cuidado, intentando no utilizar ninguno de los músculos de su espalda. Un medallón de oro soportó el dolor, levantándolo hasta que pudo leer el grabado bajo éste:

James

Amado por su familia, Amado por DIOS

Lo metió de nuevo bajo el camisón de pijama y volvió a mirar al chico dormido en la cama contigua –no en ella, suspendido sobre ella. La sábana solamente cubría hasta la caja torácica del chico, y el medallón descansaba sobre el pecho de su prístino camisón blanco. El mismo medallón que Roland usaba ahora. Excepto...

Roland creyó comprender, y comprender era un alivio.

Volvió a mirar al hombre barbado, y vio algo extremadamente extraño: la gruesa línea negra de la cicatriz que cruzaba la mejilla del hombre barbado había desaparecido. Donde había estado ahora estaba la marca rosada de una herida en cicatrización. Un corte tal vez, o quizá una tajada.

Lo imaginé.

No pistolero. Volvió la voz de Cort. Los tipos como tú no están hechos para imaginar. Como bien lo sabes.

Un ligero movimiento lo había agotado nuevamente... o quizá era el pensamiento lo que lo había agotado realmente. Los bichos cantores y las sonoras campanas combinadas ejercían un arrullo difícil de resistir. Esta vez, cuando Roland cerró los ojos, durmió.

III. Cinco Hermanas. Los Doctores de Eluria. El Medallón. Una Promesa de Silencio.

Cuando Roland despertó otra vez, al principio estaba seguro que aún dormía. Soñando. Teniendo una pesadilla.

Una vez, en el tiempo en que conoció y se enamoró de Susan Delgado, había conocido a una bruja llamada Rhea –la primer bruja verdadera del Mundo Medio que había conocido. Había sido ella la causante de la muerte de Susan, aunque Roland había hecho su parte. Ahora, al abrir los ojos y ver a Rhea, no una, sino cinco veces, pensó: *Esto es lo que ocurre por recordar esos viejos tiempos. Por conjurar a Sisan, he conjurado a Rhea de Cöos también. Rhea y sus hermanas.*

Las cinco estaban vestidas con ondeantes hábitos tan blancos como los paneles del techo. Sus viejas y malévolas caras estaban enmarcadas con tocas igualmente blancas, su piel gris era tan ajada que podía compararse con la tierra seca. Colgando como

filacterias de las bandas que envolvían su cabello (si es que en verdad tenían cabello), había líneas de pequeñas campanas que tañían cuando se movían o hablaban. Sobre los niveos pechos de sus hábitos estaba bordada una rosa color rojo sangre... el sigil de la Torre Oscura. Al ver esto, Roland pensó: *No estoy soñando. Estas brujas son reales.*

‘¡Despierta!’ chilló una de ellas en una voz grotescamente coqueta.

‘ ¡Oooo!’

‘¡Ooooh!’

‘¡Ah!’

Revoloteaban como pájaros. La del centro dio un paso al frente, y al hacerlo sus caras parecían brillar como las paredes de seda de la guarida. No eran viejas después de todo, vio que tal vez eran de mediana edad, pero no viejas.

Sí. Son viejas. Cambiaron.

La que ahora se hacía cargo era más alta que las otras, y con un amplio y ligeramente abultado entrecejo. Se inclinó sobre Roland, y las campanas que bordeaban su frente, tañeron. El sonido le hizo sentir enfermo, de algún modo, y más débil de lo que se había sentido hacía un momento. Sus ojos castaños eran atentos. Al mirar hacia abajo, una expresión que podía ser de inquietud, afloró en su rostro. Alejó su mano.

‘Has despertado, hombre hermoso. Sí has. Esto es bueno’

‘¿Quién eres tú? ¿Dónde estoy?’

‘Nosotras somos las Hermanas Pequeñas de Eluria,’ dijo ella. ‘Yo soy la Hermana Mary. Aquí esta la Hermana Louise, y la Hermana Michela, y la Hermana Coquina-’

‘Y la Hermana Tamra,’ dijo la última. ‘Una adorable doncella de uno-y-veinte.’ Soltó una risita nerviosa. Su rostro brilló, y por un momento fue otra vez tan vieja como el mundo. De nariz ganchuda, y piel gris. Roland pensó otra vez en Rhea.

Se acercaron, rodeando la suerte de arnés en que él yacía suspendido, y cuando Roland se encogió alejándose, el dolor rugió en su espalda y su pierna lastimada nuevamente. Gimió. Las cintas que lo sujetaban chirriaron.

‘¡Ooooo!’

‘¡Duele!’

‘¡Le duele!’

‘¡Duele tanto!’

Se aproximaron aún más, como si el dolor las fascinara. Y entonces pudo olerlas, un olor seco y terroso. La que se llamaba Hermana Michela se estiró-

‘¡Marchaos! ¡Dejadle! ¿No os lo he dicho antes?’

Brincaron hacia atrás al sonido de esta voz, sobresaltadas. La Hermana Mary parecía particularmente irritada. Pero dio un paso atrás, echando un vistazo final (Roland podía jurarlo), al medallón que descansaba sobre su pecho. Lo había metido de vuelta bajo el camisón la última vez que estuvo despierto, pero nuevamente se encontraba afuera.

Apareció una sexta hermana, empujándose rudamente entre Mary y Tamra. Esta *tenía* quizá uno-y-veinte, con mejillas rosadas, piel delicada y ojos oscuros. Su hábito blanco ondeaba como un sueño. La rosa roja sobre su pecho sobresalía como una maldición.

‘¡Iros! ¡Dejadle!’

‘¡Oooo, *querida* mía! Chilló la Hermana Louise en una voz que era tanto risueña como enojada. ‘Aquí está Jenna, la bebé, y ¿acaso se ha enamorado de él?’

‘¡Lo ha hecho!’ Rió la hermana Tamra. ‘El corazón de la bebé es suyo si lo adquiere’

‘¡oh, así es!’ Concordó la Hermana Coquina.

Mary se volvió hacia la recién llegada, los labios fruncidos en una delgada línea. ‘No es asunto tuyo, muchacha insolente.’

‘Lo es sí, digo que lo es,’ replicó la Hermana Jenna. Ahora se veía más segura de sí misma. Un rizo de cabello negro se escapaba por entre su toca y descansaba sobre su frente como una coma, ‘Ahora, marchaos. Él no está para sus bromas y risas.’

El rostro de la chica se suavizó un poco, y Roland pudo ver que tenía miedo. Le hizo temer por ella. Por él mismo, también. ‘Iros’ repitió. ‘No es el momento. ¿Es que no hay otros que atender?’

La Hermana Mary pareció considerar. Las otras la observaron. Al final, asintió, y sonrió hacia Roland. Una vez más, su rostro parecía brillar, como algo que se viera a través de una bruma de calor. Lo que vio (o creyó ver) por debajo de ella era horrible y vigilante. ‘Permanece así, hombre hermoso,’ le dijo a Roland. ‘Permanece un poco con nosotras, y te curaremos.’

¿Qué alternativa tengo? Pensó Roland.

Las otras rieron, risillas como de pájaros que se elevaban en la penumbra como listones. La Hermana Michela de hecho le sopló un beso.

‘¡En marcha, señoras!’ chilló la Hermana Mary. ‘¡Dejaremos a Jenna con él un momento en memoria de su madre, a quien bien amamos! Y con ello, se llevó a las otras, cinco pájaros blancos revoloteando por el centro del corredor, sus faldas ondeando a un lado y al otro.

‘Gracias’ dijo Roland, mirando a la dueña de la mano fresca... pues sabía que había sido ella quien le había reconfortado.

Ella levantó los dedos como para confirmarlo, y lo acarició. ‘No pretenden dañarte,’ dijo ella... mas Roland vio que ella misma no creía lo que decía, tampoco él. Estaba en problemas aquí, en graves problemas.

‘¿Qué es este lugar?’

‘Nuestro lugar,’ dijo ella simplemente. ‘El hogar de las Hermanas Pequeñas de Eluria. Nuestro convento, si lo prefieres.’

‘Esto no es un convento,’ dijo Roland, mirando más allá de las camas vacías. ‘Es una enfermería, ¿o no?’

‘Un hospital,’ dijo ella, aún acicalando sus dedos. ‘Servimos a los doctores... y ellos nos sirven.’ Él estaba fascinado por el rizo de cabello negro en la crema de su frente –lo hubiese acicalado, si se hubiese atrevido a alcanzarlo. Solo para saber su textura. Lo encontraba hermoso porque era la única cosa oscura en toda aquella blancura. El blanco había perdido su encanto para él. ‘Somos hospitalarias... o lo éramos, antes de que el mundo se moviera.’

‘¿Sois vosotras de los del Hombre-Jesús?’

Pareció sorprenderse por un momento, casi conmocionada, y después rió alegremente. ‘¡No, no nosotras!’

‘Si sois hospitalarias... enfermeras... ¿dónde están los doctores?’

Ella lo miró, mordiéndose el labio, como si tratase de decidir algo. Roland halló su duda del todo encantadora, y se dio cuenta que, enfermo o no, estaba mirando a una mujer *como* una mujer por primera vez desde que Susan Delgado muriera, y aquello había sido hacía mucho. El mundo entero había cambiado desde entonces, y no para bien.

‘¿En verdad quieres saberlo?’

‘Sí, desde luego,’ dijo él, un poco sorprendido. Un poco intranquilo también. Esperaba que su rostro brillara y cambiase, como había ocurrido con las otras. No ocurrió. No había nada de aquel desagradable olor a tierra muerta en ella tampoco.

Espera se previno a sí mismo. No creas nada aquí, y menos de todos tus sentidos. Todavía no.

‘Supongo que debes,’ dijo ella con un suspiro. Éste hizo tintinear las campanas en su frente, que eran de color más oscuro que aquellas que las otras llevaban –no negras como su cabello, sino que, como si hubiesen sido colgadas sobre el humo de una fogata. En todo caso, el sonido, era de plata brillante. ‘Prométeme que no gritarás y despertarás al pubi de la cama siguiente.’

‘¿Pubi?’

‘El chico. ¿Me lo prometes?’

‘Ajá’ dijo él, cayendo en la jerga medio olvidada del Arco Exterior sin siquiera notarlo. El dialecto de Susan. ‘Hace mucho que no grito, bonita.’

Se ruborizó mayormente con eso, rosas más naturales y vivos que aquél de su pecho a floraron en sus mejillas.

‘No llames bonito a lo que no puedes ver correctamente,’ dijo ella.

‘Entonces, echa atrás la toca que usas.’

Podía ver perfectamente bien su cara, pero deseaba mucho ver su cabello –casi lo ansiaba. Un torrente negro en toda esta soñadora blancura. Desde luego, podía llevarlo muy corto, las de su orden era posible que lo llevaran de ese modo, pero por alguna razón, no lo creyó así.

‘No, no está permitido.’

‘¿Por quién?’

‘La Gran Hermana.’

‘¿La que se hace llamar Mary?’

‘Ajá, ella.’ Se comenzó a alejar, luego se detuvo y miró atrás por sobre su hombro. En alguna otra chica de su edad, una tan bonita como ella, esa mirada atrás hubiese sido coquetería. La de esta chica era seria. ‘Recuerda tu promesa.’

‘Ajá, sin gritos.’

Se dirigió hacia el hombre barbado, su falda ondeando. En la penumbra, apenas dejaba un rastro de sombra en las camas que pasaba. Cuando llegó hasta el hombre (éste estaba inconsciente, pensó Roland, no sólo durmiendo), miró atrás hacia Roland una vez más. Él asintió.

La Hermana Jenna se colocó cerca del hombre suspendido en el lado alejado de su cama, de modo que Roland la veía sobre los recodos y tejidos de seda blanca. Ella colocó sus manos suavemente en el lado izquierdo de su hombro, se inclinó sobre él... y movió la cabeza de un lado al otro, como para expresar una enérgica negativa. Las campanas que llevaba en la frente sonaron abruptamente, y una vez más Roland sintió aquel extraño movimiento que subía por su espalda, acompañado por una leve ola de dolor. Era como si lo recorriera un escalofrío sin de hecho temblar, o había temblado en sueños.

Lo que ocurrió después casi *le hizo* proferir un grito; tuvo que morderse los labios para reprimirlo. Una vez más, las piernas del hombre se movían sin moverse... porque era lo que había *sobre* ellas lo que se movía. Las velludas espinillas del hombre, los tobillos y pies estaban expuestas bajo el borde de su camión. Entonces una negra oleada de bichos se movió bajo ellas. Cantaban ferozmente, como el pelotón de un ejército que canta mientras marcha.

Roland recordó la cicatriz negra que atravesaba la mejilla y nariz del hombre –la cicatriz que había desaparecido. Mucho más parecida a esos, desde luego. Y también estaban sobre él. Así era como él temblaba sin temblar. Estaban por toda su espalda. *Avanzando* en él.

No, impedir un grito no era tan fácil como había esperado.

Los bichos corrían hacia las puntas de los dedos del pie del hombre, después saltaban de ellos en oleadas, como criaturas que se arrojan de un terraplén hacia una fosa de natación. Se organizaron rápida y fácilmente en la brillante y blanca sábana que había debajo, y comenzaron a marchar hacia abajo hacia el suelo en un batallón de aproximadamente 33 centímetros de ancho. Roland no podía echarles un buen vistazo, la distancia era demasiado lejana y la luz muy escasa, pero creyó que serían tal vez dos veces más grandes que las hormigas, y un poco más pequeños que las rollizas abejas que abundaban en los campos de flores allá en casa.

Cantaban mientras se iban.

El hombre barbado no cantaba. Mientras las hordas de bichos que habían revestido sus torcidas piernas comenzaban a menguar, él se estremeció y gimió. La joven puso su mano en la frente del hombre y lo reconfortó, haciendo que Roland sintiera un poco de celos a pesar de la repulsión que le causaba lo que estaba viendo.

¿Y acaso lo que veía era realmente tan espantoso? En Gilead, se habían usado sanguijuelas para ciertos padecimientos –inflamaciones del cerebro, las axilas, y las ingles principalmente. Cuando se trataba del cerebro, las sanguijuelas, tan feas como eran, ciertamente resultaban preferibles a lo que sería el siguiente paso, que era la trepanación.

Aún así, había algo asqueroso en ellos, quizá era solo porque no podía verlos bien, y resultaba horrible tratar de imaginárselos sobre toda su espalda mientras él pendía ahí, indefenso. Sin embargo, no cantaban. ¿Por qué? ¿Por estar alimentándose? ¿Durmiendo? ¿Ambas cosas a la vez?

Los gemidos del hombre barbado decrecieron. Los bichos se marchaban a través del suelo, hacia uno de los muros de seda que ondulaba suavemente. Roland los perdió de vista entre las sombras.

Jenna volvió hacia él, sus ojos ansiosos. ‘Lo hiciste bien. Pero puedo ver como te sientes; lo dice tu cara.’

‘Los doctores’ dijo él.

‘Sí. Su poder es enorme, pero...’ bajó la voz. ‘Creo que ese boyero está más allá de sus posibilidades. Sus piernas están un poco mejor, y las heridas en su cara, han cicatrizado todas, pero tiene heridas donde los doctores no pueden acceder.’ Llevó sus manos hasta su parte central, sugiriendo la localización de las heridas, o bien su naturaleza.

‘¿Y yo?’ Preguntó Roland.

‘Tú fuiste golpeado por la gente verde,’ dijo ella- ‘Debiste hacerles enojar bastante para que no te mataran ahí mismo. En vez de eso te amarraron y te arrastraron. Tamra, Michela y Louise estaban fuera recolectando hierbas. Vieron que la gente verde jugaba contigo, y les pidieron detenerse, pero –.

‘Acaso los mutantes siempre les obedecen, Hermana Jenna’

Ella sonrió, tal vez complacida por que recordara su nombre. ‘No siempre, pero la mayoría de las veces. Esta vez lo hicieron, de lo contrario habrías encontrado el claro en los árboles.’

‘Supongo que sí.’

‘La piel de tu espalda estaba casi completamente arrancada- estabas rojo de la nuca a la cintura. Tendrás las cicatrices por siempre, pero los doctores han avanzado mucho en tu curación. Y su canto es bastante bello, ¿o no?’

‘Sí’ dijo Roland, pero el pensamiento de tener esos bichos sobre toda la espalda, posándose sobre la carne viva, todavía lo asqueaba. ‘Debo agradecerte, y lo hago libremente. Si hay algo que pueda hacer por ti –

‘Dime entonces tu nombre, haz eso.’

‘Soy Roland de Gilead. Un pistolero. Tenía revólveres Hermana Jenna. ¿Los has visto?’

‘No he visto tiradores,’ dijo ella, pero desvió los ojos. Las rosas nuevamente tiñeron sus mejillas. Podía ser una buena enfermera, y honesta, pero Roland pensó que era una mala mentirosa. Se alegró. Los buenos mentirosos eran comunes. La honestidad, por otro lado, era apreciada.

Deja correr la falsedad por ahora, se dijo a sí mismo. Lo dice por temor, creo.

‘¡Jenna!’ El llamado vino de las sombras más profundas del costado alejado de la enfermería – hoy le pareció más larga que siempre al pistolero – y la Hermana Jenna, saltó culpablemente. ‘¡Aléjate! ¡Has parlotado lo suficiente como para entretener a veinte hombres! ¡Déjale dormir!

‘¡Ajá!’ dijo ella, y se volvió hacia Roland. ‘No reveles que te mostré a los doctores.’

‘Mudo es la palabra, Jenna’

Ella se detuvo, mordiéndose nuevamente el labio, y súbitamente se deslizó la toca hacia atrás. Cayó sobre su nuca con un sonido suave de campanas. Libre de su confinamiento, su cabello se deslizó contra sus mejillas como sombras.

‘¿Soy bonita? ¿Lo soy? Dime la verdad, Roland de Gilead – sin adulaciones. Pues la adulación tiene lo mismo de gentileza que una vela de largo.’

‘Bonita como una noche de verano.’

Lo que vio ella en su rostro pareció complacerla más que sus palabras, porque sonrió radiantemente. Se colocó nuevamente la toca, metiendo su cabello de vuelta con rápidos empujones de los dedos. ‘¿Estoy decente?’

‘Tan decente como bella’, dijo él, entonces levantó cuidadosamente un brazo y apuntó hacia su frente. ‘Hay un rizo suelto... justo ahí.’

‘Ajá, ese siempre me enerva.’ Con un gesto un poco cómico, lo metió de nuevo. Roland pensó en cuánto le gustaría besar sus rosadas mejillas... y quizá su rosada boca, tanto mejor.

‘Ya está todo bien,’ dijo él.

‘¡Jenna!’ El grito era más impaciente que nunca. ‘¡Meditación!’

‘¡Ahora mismo voy!’ dijo ella, y reunió sus voluminosas enaguas para irse. Aún así, se volvió una vez más, su cara ahora muy grave y seria. ‘Una cosa más,’ dijo ella en una voz que casi parecía un susurro. Lanzó una rápida mirada alrededor. ‘El medallón de oro que llevas – lo llevas por que es tuyo. ¿Comprendes... James?’

‘Sí.’ Volteó un poco la cabeza para ver al chico dormido. ‘Este es mi hermano.’

‘Si ellas preguntan, sí. Decir otra cosa sería meter a la Hermana Jenna en graves problemas’.

Qué tan graves, no preguntó, y de cualquier modo se había marchado, parecía flotar a lo largo del corredor entre las camas vacías, su falda sostenida con una mano. Las rosas se habían desvanecido de su rostro, dejando cenicientas sus mejillas y frente. Recordó la maliciosa mirada de las caras de las otras, cómo se habían reunido a su alrededor en un nudo oprimente... y la forma en que sus caras habían brillado.

Seis mujeres, cinco viejas y una joven.

Los doctores que cantaban y después se arrastraban alejándose por el suelo cuando eran despachados por los tañidos de las campanas.

Y la improbable guarida de un hospital de quizá un ciento de camas, una guarida con muros y techo de seda ...

... y todas las camas vacías, salvo tres.

Roland no comprendía por qué Jenna había tomado el medallón del chico del bolsillo de sus tejanos y lo había puesto alrededor de su cuello, pero tenía una idea de que si ellas se enteraban que lo había hecho, las Hermanas Pequeñas de Eluria podrían matarla.

Roland cerró los ojos, y el suave canto de los doctores-insectos lo llevó flotando al sueño una vez más.

IV. Un Tazón de Sopa. El Chico de la Cama Contigua. Las Enfermeras Nocturnas.

Roland soñó que un bicho muy largo (un bicho-doctor tal vez) volaba alrededor de su cabeza y se estrellaba repetidamente en su nariz –colisiones que eran irritantes más que dolorosas. Ahuyentó al bicho repetidamente, y a pesar de que sus manos eran asombrosamente rápidas en circunstancias normales, siempre fallaba. Y cada vez que fallaba, el bicho reía nerviosamente.

Soy lento porque he estado enfermo, pensó

No, fui emboscado. Arrastrado por el suelo por mutantes lentos, salvado por las Hermanas Pequeñas de Eluria.

Roland tuvo una imagen súbita y vívida de la sombra de un hombre alargándose desde la sombra de un vagón de carga volcado, de que escuchó un áspero y alegre chillido, ‘¡Booh!’

Su sobresalto al despertar fue lo suficientemente brusco para hacer que su cuerpo se balanceara en su complicado arnés, y hacer que la mujer que se hallaba de pie junto a su cabeza, que reía mientras daba golpecitos en su nariz con una cuchara de madera, diera un paso atrás tan rápidamente que el tazón que sostenía en su otra mano resbaló de sus dedos.

Las manos de Roland se movieron, y eran tan rápidas como siempre – sus frustrados intentos para atrapar al insecto habían sido sólo parte del sueño. Atrapó el tazón antes que se derramara algo más que unas cuantas gotas. La mujer –La Hermana Coquina – lo miró con ojos muy abiertos.

Sintió un dolor desde arriba hasta debajo de su espalda por el brusco movimiento, pero no llegaba a ser tan agudo como antes, y no había sensación de movimiento sobre su piel. Quizá los ‘doctores’ estaban solo durmiendo, pero tenía la idea de que se habían ido.

Sacó su mano para tomar la cuchara con la que la Hermana Coquina lo había estado molestando (encontró que no le extrañaba en absoluto que una de ellas molestara a un hombre enfermo y dormido de semejante forma, solo le hubiese sorprendido si se tratase de Jenna), y ella se la dio, sus ojos aún muy abiertos.

‘¡Que rápido eres!’ dijo ella. ‘¡Eso fue como un truco de magia, y apenas salías del sueño!’

‘Recuérdalo,’ dijo él y probó la sopa. Había pequeños trozos de pollo flotando en ella. Probablemente, bajo otras circunstancias le hubiera parecido insípida, pero bajo estas, lucía apetitosa. Comenzó a comer ávidamente.

‘¿Qué intentas decir con eso?’ preguntó. La luz era muy tenue ahora, atravesaban a los paneles-muros tonalidades rosado-anaranjadas que sugerían el ocaso. Bajo esta luz, Coquina parecía bastante joven y bonita ... pero era glamour, Roland estaba seguro, una suerte de maquillaje mágico.

‘No intento decir nada en particular.’ Roland rechazó la cuchara por ser demasiado lento, prefiriendo sorber directamente del tazón a sus labios. De este modo, dispuso de la sopa en cuatro tragos largos. ‘Vosotras habéis sido amables conmigo’

‘¡Ajá, *lo hemos sido!* Dijo, bastante indignada.

‘- y espero que vuestra amabilidad no tenga motivos ocultos. Si es así, Hermana, recuerde que soy rápido. Y en lo que a mí respecta, no siempre he sido amable.’

No dio respuesta, solamente tomó de vuelta el tazón que le entregaba Roland. Hizo esto delicadamente, tal vez no quería tocar sus dedos. Sus ojos se dirigieron hacia donde yacía el medallón, una vez más oculto debajo del pecho de su camisón. Él no añadió más, no quería debilitar la amenaza implícita al recordarle que el hombre que la hacía no estaba armado, estaba casi desnudo, pendiendo en el aire porque su espalda aún no podía soportar el peso de su cuerpo.

‘¿Dónde esta la Hermana Jenna?’ preguntó.

‘¡Oooo!’ dijo la Hermana Coquina, levantando las cejas. ‘Nos gusta, ¿verdad? Hace que nuestro corazón...’ puso su mano sobre la rosa de su pecho y la agitó rápidamente.

‘En absoluto, en absoluto,’ dijo Roland, ‘pero fue amable. Dudo que ella me hubiera molestado con una cuchara, como haría otra.’

La sonrisa en el rostro de la Hermana Coquina se desvaneció. Parecía tanto enojada como preocupada. ‘No menciones nada de esto a Mary, si viene más tarde. Podrías meterme en problemas.’

‘¿Debería importarme?’

‘Puedo resarcirme del que me causó problemas metiendo a Jenna en problemas,’ dijo la Hermana Coquina. ‘De cualquier modo ella ya esta en los libros negros de la Hermana Mary. A la hermana Mary no le preocupa el modo en que Jenna le habló sobre ti... como tampoco le agrada que Jenna haya vuelto a nosotras usando las Campanas Oscuras.’

No bien había salido de su boca, cuando la Hermana Coquina se puso una mano sobre aquel órgano tan frecuentemente imprudente, como dándose cuenta que había hablado demasiado.

Roland, intrigado por lo que había dicho pero sin querer demostrarlo justo ahora, solo respondió: ‘Mantendré la boca cerrada sobre ti, si tú mantienes la boca cerrada con la Hermana Mary sobre Jenna’.

Coquina parecía aliviada. ‘Ajá, es un trato.’ Se inclinó confidencialmente. ‘Se encuentra en la Casa de Meditación. Es la pequeña cueva que sale del costado de la colina donde debemos ir a meditar cuando la Gran Hermana decide que hemos sido malas. Ella deberá permanecer y considerar su imprudencia hasta que Mary le permita salir.’ Se detuvo, entonces dijo abruptamente: ‘¿Quién es ese junto a ti? ¿Le conoces?’

Roland volvió la cabeza y vio que el joven hombre estaba despierto, y había estado escuchando. Sus ojos eran tan oscuros como los de Jenna.

‘¿Conocerle? Preguntó Roland, con lo que esperó fuera un ligero toque de desdén. ¿No debería conocer a mi propio hermano?’

‘Si lo es, entonces, ¿Por qué él es tan joven y tu tan viejo?’ Otra de las hermanas se materializó de entre la oscuridad: La Hermana Tamra, quien se decía tener uno-y-veinte años. En el momento previo de llegar a la cama de Roland, su cara pareció la de una bruja que nunca volvería a ver los ochenta ... o noventa. Entonces brilló y una vez más fue el rebosante, saludable aspecto de una matrona de treinta años. Excepto los ojos. Permanecían amarillentos en las córneas, gomosos en las córneas, y atentos.

‘Él es el más joven, yo el mayor,’ dijo Roland. ‘Entre nosotros hay otros siete, y veinte años de las vidas de nuestros padres.’

‘¡Qué Dulce! Y si él es tu hermano, entonces sabes su nombre, ¿o no? Lo sabes muy bien.

Antes que el pistolero pudiera titubear, el joven muchacho dijo: ‘Piensan que has olvidado un apelativo tan simple como John Norman. ¿Qué quisquillosas son, eh Jimmy?’

Coquina y Tamra miraron al pálido muchacho que yacía en la cama contigua a la de Roland, claramente disgustadas ... y claramente vencidas. Al menos, por el momento.

‘Le han alimentado con vuestra porquería,’ el chico (cuyo medallón indudablemente proclamaba que era John, Amado por su Familia, Amado por Dios) dijo ‘¿Por qué no os vais y nos permitís tener una charla?’

‘¡Bien!’ Dijo La Hermana Coquina ofendida. ‘¡Me encanta la gratitud en este lugar, así que lo haré!’

‘Estoy agradecido por lo que se me ha brindado,’ respondió Norman, mirándola fijamente, ‘pero no por lo que la gente me pueda quitar.’

Tamra bufó por la nariz, se volvió tan violentamente que su ondeante vestido sopló una ráfaga de aire en la cara de Roland, y después se marchó. Coquina permaneció un momento.

‘Sé discreto, y tal vez alguien que te agrada más de lo que te agrado yo pueda evitar el encierro por la mañana, en vez de una semana a partir de hoy.’

Sin esperar respuesta, se volvió y siguió a la Hermana Tamra.

Roland y John Norman aguardaron hasta que ambas se hubieron ido, y entonces Norman se volvió hacia Roland y habló en voz baja. ‘Mi hermano. ¿Muerto?’

Roland asintió. ‘Tomé el medallón por si acaso me encontraba con alguno de su familia. Ciertamente te pertenece a ti. Lamento tu pérdida.’

‘Gracias.’ El labio inferior de John Norman tembló, después se normalizó. ‘Sé lo que le hicieron los hombres verdes, aunque estas viejas brujas no me lo dirán seguramente. Lo hicieron a muchos, y encamaron al resto.’

‘Quizá las Hermanas no lo sabían con seguridad.’

‘Lo sabían. No lo dudes. No dicen mucho pero *saben* mucho. La única que es algo diferente es Jenna. Es a ella a quien se refería aquel vejestorio cuando dijo “tu amiga”. ¿Verdad?’

Roland asintió. ‘Y mencionó algo sobre las Campanas Oscuras. Sabría mas de eso, si querer fuese poder.’

‘Ella es especial, Jenna. Más como una princesa – alguien cuyo sitio se establece por la consanguinidad y no puede negarse – que el resto de las Hermanas. Yazco aquí y finjo estar dormido –es más seguro, creo – pero las he oído hablar. Jenna ha vuelto a ellas recientemente, y esas Campanas Oscuras significan algo especial ... pero Mary es la que lleva la batuta. Creo que las Campanas Oscuras son solamente algo ceremonial, como los anillos que los antiguos Barones solían heredar de padre a hijo. ¿Fue ella la que puso el medallón de Jimmy en tu cuello?’

‘Sí’

‘No te lo quites, hagas lo que hagas.’ Su rostro estaba tenso, sombrío. ‘No sé si es por el oro o por el Dios, pero no les gusta acercarse demasiado. Creo que es por eso que aún estoy aquí.’ Luego, su voz descendió hasta ser casi un murmullo. ‘No son humanas.’

‘Bueno, tal vez un poco arcanas y mágicas, pero –’

‘¡No!’ Con evidente esfuerzo, el chico se incorporó sobre un codo. Miró severamente a Roland. ‘Estás pensando en mujeres hechiceras, o brujas. No son hechiceras, y brujas tampoco. *¡No son humanas!*’

‘¿Qué son entonces?’

‘No sé.’

‘¿Cómo llegaste aquí, John?’

Hablando en voz baja, John Norman le contó a Roland lo que sabía que le había sucedido. Él, su hermano y cuatro jóvenes más que eran veloces y poseían buenos caballos habían sido contratados como exploradores, cabalgando de punta a punta, para proteger una larga caravana de siete vagones de carga transportando mercancía – semillas, alimento, herramientas, correo y cuatro novias ordenadas – hacia un ayuntamiento no incorporado llamado Tejuas a unos 322 kilómetros delante al oeste de Eluria. Los exploradores cabalgaban de la punta a la retaguardia del cargamento de bienes dando de ese modo una vuelta completa; un hermano cabalgaba con cada parte pues, según explicó Norman, cuando se hallaban juntos ellos peleaban como... bueno...

‘Como hermanos,’ sugirió Roland.

John Norman pudo sonreír débil y dolorosamente. ‘Ajá’ dijo.

El trío del que John era parte, había estado cabalgando en la retaguardia, cerca 3.2 kilómetros detrás de los vagones de carga, cuando los mutantes verdes habían salido en emboscada en Eluria.

‘¿Cuántos vagones viste cuando llegaste ahí?’ le preguntó a Roland. ‘Solo uno. Volcado.’

‘¿Cuántos cadáveres?’

‘Solo el de tu hermano.’

John Norman asintió sombríamente. ‘No se lo llevaron por el medallón, creo.’

‘¿Los mutantes?’

‘Las Hermanas. A los mutantes no les importa ni el oro ni Dios. Estas zorras, en cambio ...’ Miró hacia la oscuridad, que ahora era casi completa. Roland sintió un letargo corriendo sobre él de nuevo, pero no fue sino hasta después que se dio cuenta que la sopa estaba narcotizada.

‘¿Los otros vagones?’ preguntó Roland. ‘¿Los que no estaban volcados?’

‘Los mutantes los habrán tomado, junto con los bienes,’ dijo Norman. ‘A ellos no les interesa el oro o Dios; a las Hermanas no les interesan los bienes. Como si no tuvieran sus propios suministros, es algo en lo que prefiero no pensar. Algo desagradable... como esos bichos.’

Él y los otros jinetes a la retaguardia galoparon dentro de Eluria, pero la pelea se había terminado cuando ellos llegaron ahí. Había hombres derribados en todas partes, algunos muertos pero la mayoría aún vivos. Al menos dos de las novias ordenadas todavía se hallaban con vida también. Los sobrevivientes que podían caminar habían sido agrupados por la, gente verde – John Norman recordaba muy bien al que llevaba el sombrero de bombín, y a la mujer del andrajoso vestido rojo.

Norman y los otros dos habían intentado luchar. Había visto a uno de sus colegas ser herido en el vientre por una flecha, y después no vio más – alguien lo había golpeado en la cabeza por detrás, y se apagaron las luces.

Roland se preguntaba si el emboscador habría chillado ‘¡Booh!’ antes de golpearlo, pero no preguntó.

‘Cuando desperté de nuevo, estaba aquí,’ dijo Norman. ‘Vi a algunos de los otros –la mayoría- tenía esos malditos bichos sobre ellos.’

Miró a Roland solemnemente.

‘Y ahora tú.’

‘Norman,’ la cabeza de Roland flotaba. ‘Yo –‘

‘Creo saber lo que te ocurre,’ dijo Norman. Su voz parecía provenir de muy lejos ... quizá desde la curva misma de la tierra. ‘Es la sopa. Pero un hombre tiene que comer. Una mujer, también. Si es una mujer normal, desde luego. Estas no son normales. Aún la Hermana Jenna no es normal. Agradable no significa normal.’ Más y más lejos. ‘Y se volverá como ellas al final. Recuerda bien lo que te digo.’

‘No puedo moverme.’ Decir incluso eso requería un enorme esfuerzo. Era como mover peñascos.

‘No.’ Rió repentinamente Norman. Era un sonido estentóreo, y produjo eco en la creciente oscuridad que llenaba la cabeza de Roland. ‘No es solo somnífero lo que pusieron en la sopa, es también una medicina paralizante. No me ocurre nada demasiado malo, hermano ... así que ¿por qué crees que todavía estoy aquí?’

Ahora Norman ya no hablaba desde la curva de la tierra sino quizá desde el lado oscuro de la luna, perdiendo sus palabras en el vacío que halló ahí.

Sin embargo, nunca perdió total consciencia de sí mismo. Quizá la dosis de ‘medicina’ que había en la sopa de la Hermana Coquina, había sido calculada erróneamente, o quizá era solo que nunca antes habían tenido un pistolero en el que obrar sus diabluras, y no sabían que tenían uno ahora.

Excepto la hermana Jenna, claro – ella sabía.

En algún momento de la noche, unas voces susurrantes, y risueñas, y ligeros tañidos de campanas lo trajeron de vuelta de la oscuridad en que aguardaba, no totalmente dormido ni inconsciente. A su alrededor, tan constantes que apenas los escuchaba, estaban los melodiosos ‘doctores’.

Roland abrió los ojos. Vio una pálida y trémula luz bailoteando en el oscuro ambiente. Las risitas y suspiros se aproximaban. Roland intentó volver la cabeza y en un principio no pudo hacerlo. Descansó, reunió su voluntad transformándola en una esfera azul intenso, e intentó de nuevo. Esta vez su cabeza *sí* se movió. Solo un poco, pero era suficiente.

Eran cinco de las Hermanas Pequeñas – Mary, Louise, Tamra, Coquina, Michela. Venían por el largo corredor de la oscura enfermería, riendo juntas como niños haciendo travesuras, llevando largas velas en candeleros de plata, las campanas que bordeaban las frentes de sus tocas, emitían pequeños sonidos de plata. Se reunieron junto a la cama del hombre barbado. Desde el círculo que formaban, el resplandor de la vela se incrementó en una vibrante columna que desaparecía antes de llegar a la mitad del techo de seda.

La Hermana Mary habló brevemente. Roland reconoció su voz, pero no las palabras – no era ni la baja ni la Alta lengua, sino un idioma completamente distinto. Una frase resaltó - *can de lach, mi him en tow* – y no tenía idea de lo que podía significar.

Se dio cuenta que ahora sólo podía escuchar el tintineo de campanas – los bichos cantores habían enmudecido.

‘¡Ras me! ¡On! ¡On!’ Chilló la Hermana Mary con áspera y poderosa voz. Las velas se apagaron. La luz que había brillado sobre los flancos de sus tocas al reunirse alrededor de la cama del hombre barbado se desvaneció, y una vez más reinó la oscuridad.

Roland aguardó por lo que podría seguir a continuación, tenía la piel fría. Intentó flexionar sus manos y pies, y no pudo. Había podido mover su cabeza tal vez quince grados; por lo demás estaba tan paralizado como una mosca pulcramente envuelta y colgada de una telaraña.

El bajo tintineo de las campanas en la oscuridad ... y después sonidos de succión. Tan pronto los oyó, Roland supo que los había estado esperando. Una parte de él supo lo que eran Las Hermanas Pequeñas de Eluria, desde un principio.

Si Roland hubiese podido levantar sus manos, las hubiera puesto en sus oídos para bloquear esos sonidos. En este caso, solamente podía yacer quieto, escuchando y esperando a que se detuvieran.

Durante mucho tiempo – eternamente, al parecer – no lo hicieron. Las mujeres, sorbían y gruñían como cerdos atragantándose de alimento medio líquido en un pesebre. Hubo incluso un resonante eructo, seguido de más risitas susurrantes (estas terminaron cuando la Hermana Mary profirió una sola y brusca palabra – ‘¡Hais!’). Y hubo un bajo y gimiente lamento – del hombre barbado, Roland estaba seguro. De ser así aquel fue su último lamento en este lado del claro.

A su tiempo, el sonido de alimentarse comenzó a disminuir. Al ocurrir esto, los bichos comenzaron a cantar de nuevo – primero dubitativamente, después con más confianza. Los murmullos y risitas volvieron. Las velas se volvieron a encender. Para entonces, Roland se hallaba yaciendo con su cabeza vuelta en dirección opuesta. No quería que ellas supieran que las había visto, pero eso no era todo; no tenía urgencia de ver algo más. Había visto y escuchado suficiente.

Pero las risitas y murmullos ahora venían en su dirección. Roland cerró los ojos, concentrándose en el medallón que descansaba contra su pecho. *No sé si es el oro o el Dios, pero no les gusta acercarse demasiado*, había dicho John Norman. Era bueno tener algo así de qué acordarse mientras las Hermanas Pequeñas se aproximaban, mascullando y murmurando en aquella otra extraña lengua, pero el medallón parecía una débil protección en la oscuridad.

Débilmente, a gran distancia, Roland escuchó al perro-cruz ladrar.

Al rodearlo las Hermanas, el pistolero se dio cuenta que podía olerlas. Era un olor bajo y desagradable, como carne descompuesta. ¿Y a qué otra cosa podían oler, las de su clase?

‘Es un hombre tan hermoso.’ Hermana Mary. Ella habló en un bajo tono meditativo.

‘Pero usa un sigul muy feo.’ Hermana Tamra.

‘¡Se lo quitaremos!’ Hermana Louise.

‘¡Y entonces todas seremos besadas!’ Hermana Coquina.

‘¡Besos para todas!’ exclamó la Hermana Michela, con tan ferviente entusiasmo, que todas rieron.

Roland descubrió que no todo *él* estaba paralizado, después de todo. Una parte de él de hecho se había levantado de su sueño al sonido de sus voces y se erguía derecho. Una mano se deslizó por debajo del camisón que él usaba tocó ese endurecido miembro, lo envolvió, lo acarició. Él yacía en mudo horror, fingiendo dormir, mientras una húmeda calidez se proyectó de él casi inmediatamente. La mano continuó donde estaba por un momento, el pulgar restregaba arriba y abajo el desfalleciente mango. Después lo soltó y se deslizó un poco más arriba. Encontró la humedad salpicada en su bajo vientre. Risitas, suaves como el viento. Tintineantes campanas. Roland abrió los ojos en una delgadísima rendija y miró hacia los viejos rostros riéndose de él a la luz de las velas – ojos brillantes, mejillas amarillas, dientes colgantes que sobresalían de los labios inferiores. La hermana Michela y la Hermana Louise parecía que habían desarrollado barbas de chivo, pero eso desde luego, no era la oscuridad de cabellos sino la sangre del hombre barbado.

La mano de Mary estaba ahuecada. La pasó de Hermana en Hermana; cada una lamió de su palma a la luz de la vela.

Roland cerró los ojos completamente y esperó a que se fueran. Eventualmente, lo hicieron.

No volveré a dormir, pensó, y a los cinco minutos se encontraba perdido para sí mismo y para el mundo

V. La Hermana Mary. Un Mensaje. Una visita de Ralph. El Destino de Norman. La Hermana Mary Nuevamente.

Cuando Roland despertó, la luz de día era total, la seda del techo proyectaba un blanco brillante y ondeaba en una suave brisa. Los bichos doctores cantaban alegremente. A su lado, a la izquierda, Norman dormía profundamente con la cabeza vuelta tan pronunciadamente sobre un costado, que su mejilla de incipiente barba descansaba sobre su hombro.

Roland y John Norman eran los únicos aquí. Un poco más allá en su lado de la enfermería, la cama donde había estado el hombre barbado se hallaba vacía, su sábana superior estaba extendida y pulcramente metida, la almohada debidamente acojinada en un apetecible nicho blanco. El complicado cabestrillo en el que su cuerpo descansaba había desaparecido.

Roland recordó las velas – la forma en que su brillo se había combinado y alargado en una columna, iluminando a las Hermanas mientras se reunían alrededor del hombre barbado. Jactándose. Sus malditas campanas tintineando.

Luego, como si hubiera sido conjurada por sus pensamientos, apareció la Hermana Mary, deslizándose velozmente con la Hermana Louise en segundo plano. Louise cargaba una charola, y parecía nerviosa. Mary estaba ceñuda, obviamente sin buen humor.

¿Refunfuñado después que os alimentasteis tan bien? Pensó Roland. ¡Qué Vergüenza Hermana!

Llegó hasta la cama del pistolero y lo miró. ‘Tengo poco que agradecerte,’ dijo sin preámbulos.

‘¿He solicitado agradecimiento?’ respondió él con una voz que sonaba tan polvorienta y poco usada como las hojas de un libro viejo.

No hizo caso. ‘Has convertido a quien era solamente imprudente e inquieta en su lugar en alguien totalmente rebelde. Bueno, su madre era igual, y murió no mucho después de haber devuelto a Jenna a su propio Lugar. Levanta tu mano, hombre ingrato.’

‘No puedo. No puedo moverme en absoluto.’

‘¡Oh bribón! No has oído decir “No engañes a tu madre, a menos que no esté presente”?’ Sé muy bien lo que puedes o no puedes hacer. Ahora levanta tu mano.’

Roland levantó su mano derecha, procurando sugerir mayor esfuerzo del que realmente le tomó. Pensó que esta mañana podía estar lo suficientemente fuerte para liberarse de las correas... ¿pero y después? Una verdadera caminata aún le tomaría horas... y detrás de la Hermana Mary, la Hermana Louise estaba quitando la tapa de un tazón fresco de sopa. Al mirarlo, el estomago de Roland gruñó.

La Gran Hermana lo oyó y sonrió un poco. ‘Aún el estar tendido en cama provoca apetito en un hombre fuerte, si lo ha hecho durante suficiente tiempo. ¿No lo crees así, Jason hermano de John?’

‘Mi nombre es James. Como bien lo sabe, Hermana.’

‘¿Lo sé?’ rió coléricamente. ‘¡Oh la!’ Y si azotara a tu amorcito lo suficientemente fuerte y durante suficiente tiempo – hasta que le brotara sangre de la espalda como gotas de sudor, digamos – ¿No le sacarías a base de latigazos un nombre diferente? ¿O es que no se lo confiaste durante vuestra pequeña charla?’

‘Tócala y te mato’

Ella rió nuevamente. Su cara brillaba; su firme boca se convirtió en algo que parecía una medusa agonizante. ‘No nos hables a nosotras de matar, bribón, a menos que nosotras te hablemos de ello.’

‘Hermana, si tú y Jenna no se pueden ver las caras, ¿por qué no la liberan de sus votos y la dejan seguir su camino?’

‘Las de nuestra clase no podemos dejar los votos jamás, ni marcharnos. Su madre lo intentó y después regresó, agonizando y con la chica enferma. Por esa razón, nosotras atendimos a Jenna para que recuperase la salud después que su madre no fuera más que suciedad en la brisa que flota hacia el Mundo Final, y ¡Cuán poco nos agradece! Además, lleva las Campanas Oscuras, el sigil de nuestra hermandad. De nuestro *ka-tet*. ¡Ahora, come – tu tripa dice que estás hambriento!’

La Hermana Louise le ofreció el tazón, pero sus ojos se desviaban constantemente hacia la figura del medallón bajo el pecho de su camión. *No te agrada, ¿verdad?* Pensó Roland, y entonces recordó a la Hermana Louise a la luz de la vela, la sangre del cargador en su barbilla, sus ancianos ojos ávidos al inclinarse a lamer su parte de la mano de la Hermana Mary.

Volvió la cabeza a un lado. ‘No quiero nada’.

‘¡Pero si estás hambriento!’ protestó Louise. ‘Si no comes, James, ¿Cómo recuperarás la fuerza?’

‘Manda a Jenna. Comeré lo que ella traiga.’

El ceño de la Hermana Mary se frunció malévolamente. ‘No la verás más. Se le ha sacado de la Casa de Meditación únicamente bajo la solemne promesa de redoblar su meditación ... y de permanecer lejos de la enfermería. Ahora come, James, o quienquiera que seas. Toma lo que hay en la sopa, o te cortaremos con cuchillos y te restregaremos con emplastos de franela, de cualquier modo, no nos importa. ¿No es así Louise?’

‘No,’ dijo Louise. Aún sostenía el tazón. De él se elevaba vapor y el buen aroma del pollo.

‘Pero podría hacer la diferencia para ti.’ La Hermana Mary rió sin humor, mostrando sus dientes anormalmente largos. ‘El fluir de la sangre es peligroso por estos lares. A los doctores no les agrada. Los inquieta.’

No eran solo los bichos a los que inquietaba la visión de la sangre, y Roland lo sabía. También sabía que no tenía alternativa en cuanto a la sopa. Tomó el tazón de Louise y comió lentamente. Hubiera dado mucho por borrar la mirada de satisfacción que vio en la cara de la Hermana Mary.

‘Bien,’ dijo ella una vez que él le entregó el tazón de vuelta y echó un vistazo a su interior para asegurarse que estaba totalmente vacío. Su mano volvió a ser colgada de la correa en la que había estado antes, ya demasiado pesada para sostenerse. Podía sentir el mundo alejarse nuevamente.

La Hermana Mary se inclinó, la ondeante parte superior de su hábito tocaba la piel de su hombro izquierdo. Pudo olerla, un aroma que era tanto maduro como seco, la hubiera amordazado, si hubiese tenido la fuerza.

‘Quítate esa tontería cuando recuperes algo de fuerza – ponla en el cómodo bajo la cama. Donde pertenece. Pues incluso a esta distancia lastima mi cabeza y me cierra la garganta.’

Hablando con un enorme esfuerzo, Roland dijo: ‘Si lo quieres, tómallo. ¿Cómo puedo detenerte, zorra?’

Nuevamente su expresión convirtió su cara en algo que parecía una nube tempestuosa. Él pensó que ella lo podía haber abofeteado, si se atreviese a acercarse tanto al sitio donde estaba el medallón. Su habilidad para tocar parecía terminar sobre su cintura, en cualquier caso.

‘Creo que debes considerar el asunto más ampliamente,’ dijo ella. ‘Todavía puedo hacer azotar a Jenna, si me place. Ella lleva las Campanas Oscuras, pero yo soy la Gran Hermana. Considera eso muy bien.’

Se fue. La Hermana Louise la siguió, echando una mirada – una extraña combinación de susto y lujuria – asomó por sobre su hombro.

Roland pensó. *Debo salir de aquí – debo hacerlo*

En vez de eso, se sumió nuevamente a aquel oscuro sitio que no era totalmente sueño. O quizá sí durmió, al menos durante un rato; quizá soñó. Nuevamente unos dedos acariciaban sus dedos, y unos labios al principio besaron su oído y después le murmuraron: ‘Mira bajo tu almohada, Roland ... pero no digas a nadie que estuve aquí.’

En algún momento después de esto, Roland abrió nuevamente los ojos, medio esperando ver el joven y hermoso rostro de la Hermana Jenna suspendido sobre él, y aquella coma de cabellos oscuros una vez más escapándose de entre su toca. No había nadie. Las bandas de seda por encima brillaban al máximo, y a pesar de que era imposible suponer la hora aquí con cierta precisión, Roland adivinó que debía ser alrededor del medio día. Quizá hacia tres horas desde el último tazón de sopa de las Hermanas.

A su lado, John Norman aún dormía, su aliento silbaba en leves ronquidos nasales.

Roland intentó levantar la mano y deslizarla bajo su almohada. La mano no se movió. Pudo agitar las puntas de los dedos, pero eso era todo. Esperó, calmando su mente lo mejor que podía, reuniendo su paciencia. La paciencia no era algo fácil de adquirir. Continuó pensando en lo que había dicho Norman – que habían sido veinte los sobrevivientes de la emboscada ... para empezar, al menos. *Uno por uno se fueron, hasta que solo quedamos yo y aquel de allá. Y ahora tú.*

La chica no estuvo aquí. Su mente le habló en el suave y pesaroso tono de Alain, uno de sus viejos amigos, muerto hacía ya muchos años. *No se atrevería, no con las otras observando. Ha sido solamente un sueño.*

Pero Roland pensaba que tal vez había sido algo más que un sueño.

Algún tiempo después – el brillo que lentamente se desviaba por encima le sugirió que había pasado alrededor de una hora – Roland intentó mover la mano otra vez. En esta ocasión pudo llevarla bajo su almohada. Estaba mullida y suave, metida cómodamente dentro de la amplia correa que sostenía el cuello del pistolero. Al principio no encontró nada, pero al irse deslizando más profundamente sus dedos tocaron lo que parecía ser un firme atado de delgadas varas.

Se detuvo, reuniendo un poco más de fuerza (cada movimiento era como nadar en pegamento), y entonces hurgó algo más profundamente. Se sentía como un racimo muerto. Envolviéndolo había algo que se sentía como un listón.

Roland miró alrededor para asegurarse que la guarida se hallaba aún vacía y que Norman aún dormía, después sacó lo que había bajo la almohada. Habían seis frágiles tallos de un verde desvaído con junquillos parduscos en los extremos. Producían un extraño aroma semejante a levadura que hizo a Roland pensar en las expediciones a primer hora del día a las cocinas del Gran Salón de su infancia – correrías que usualmente llevaba a cabo con Cuthbert. Los junquillos estaban atados con un ancho listón de seda blanca, y olían a tostadas quemadas. Entre el listón había un doblez de tela. Como todo lo demás en este maldito lugar, parecía que la tela era de seda.

Roland respiraba rápidamente y podía sentir gotas de sudor en su frente. Todavía solo, pensó – bien. Tomó el trozo de tela y lo desdobló. Impresas cuidadosamente en letras confusas y acaracoladas, estaba este mensaje:

MAZCA LAS PUNTAS. Una cada hora. Demasiadas,
CALAMBRES o MUERTE.
MAÑANA EN LA NOCHE. No puede ser antes.
¡TEN CUIDADO!

Ninguna explicación, pero Roland supuso que no la necesitaba. Tampoco tenía opción alguna; si permanecía ahí, moriría. Todo lo que ellas tenían que hacer era quitarle el medallón, y estaba seguro que la Hermana Mary era lo suficientemente lista como para hallar la manera de hacerlo.

Mordisqueó uno de los junquillos. El sabor no era como el de las tostadas por las que suplicaban cuando eran muchachos; era amargo en su garganta y caliente en su estómago. Menos de un minuto después del bocado, sus latidos se duplicaron. Sus músculos despertaron, pero no de una la manera agradable, como después del sueño: primero se sintieron temblorosos y después duros, como si se hubieran hecho nudos. Esta sensación pasó rápidamente, y sus latidos volvieron a la normalidad antes de que Norman se despertara una hora o así más tarde, pero comprendió porqué la nota de Jenna lo prevenía de no tomar más de un mordisco a la vez – era algo muy poderoso.

Deslizó el atado de junquillos de vuelta bajo su almohada, teniendo cuidado de sacudirse las pocas migajas de materia vegetal que cayeron en la sabana. Después usó la yema del pulgar para borrar las letras acaracoladas en el trozo de seda. Cuando terminó, no quedaba más en el trozo de tela que unos manchones confusos. También metió este bajo la almohada.

Cuando Norman despertó, él y el pistolero hablaron brevemente del hogar del joven explorador. Delain, se llamaba, algunas veces llamado en broma La Cueva del Dragón o el Cielo del Mentiroso. Todas las grandes historias se decía que se originaban en Delain. El chico pidió a Roland que llevara su medallón y el de su hermano a sus familiares, si Roland podía, y explicara lo mejor que pudiese lo que les había ocurrido a James y John, hijos de Jesse.

‘Lo harás tú mismo,’ dijo Roland.

‘No.’ Norman intentó levantar la mano, quizá para rascarse la nariz y no pudo hacer siquiera eso. La mano se levantó quizá unos quince centímetros, y después volvió a caer en el cubrecama con un pequeño golpe. ‘No lo creo. Es una pena que nos hayamos conocido de esta manera, tú sabes – me agradas.’

‘Y tú a mí, John Norman. Ojalá nos hubiéramos conocido mejor.’

‘Ajá. Sin la compañía de tan fascinantes damas.’

Volvió a sumirse en el sueño poco después. Roland no volvió a hablar con él ... aunque ciertamente oiría hablar de él. Sí. Roland yacía sobre su cama, fingiendo dormir, cuando John Norman gritó por última vez.

La Hermana Michela vino aquella noche con la sopa justo cuando a Roland se le estaba pasando el temblor de los músculos y el galope del corazón que resultaron de su segundo mordisco a los junquillos. Michela miró su sonrojada cara con cierta preocupación, pero tuvo que aceptar sus aseveraciones de que no se sentía afiebrado; ella no podía llegar a tocarlo y juzgar por sí misma el calor de su piel – el medallón la mantenía apartada.

Había un panecillo con la sopa. El pan estaba algo correoso y la carne en su interior dura, pero Roland los devoró ávidamente de igual manera. Michela observaba con una complacida sonrisa, las manos dobladas frente a ella, asintiendo de cuando en cuando. Cuando terminó la sopa, recuperó cuidadosamente el tazón, poniendo atención en que sus dedos no lo tocaran.

‘Estás sanando’, dijo ella. ‘Pronto seguirás tu camino, y nosotras solo tendremos tu recuerdo a guardar, Jim.’

‘¿Es verdad eso?’ Preguntó quedamente.

Ella sólo le miró, su lengua tocó su labio superior, rió, y partió. Roland cerró los ojos de vuelta sobre la almohada, sintiendo el letargo adueñarse nuevamente de él ... sus especulativos ojos, su furtiva lengua. Él había visto a mujeres mirar los pollos asados y piernas de carnero del mismo modo, calculando cuando estuviesen hechos.

Su cuerpo quería dormir desesperadamente, pero Roland se aferró a la vigilia por lo que juzgó que era una hora, entonces sacó uno de los junquillos bajo su almohada. Con una fresca dosis de su ‘medicina paralizante’ en su sistema, ello le tomó un enorme esfuerzo, y no estaba seguro de haberlo logrado, de no haber separado este junquillo del listón que contenía los otros. Mañana por la noche, decía la nota de Jenna. Si aquello

pretendía significar escapar, la idea parecía disparatada. Como se sentía él ahora, podría estar tendido en esta cama hasta el fin de la era.

Mordisqueó. La energía recorrió su sistema, apretando sus músculos y acelerando su corazón, pero la explosión de vitalidad se esfumó casi tan rápido como llegó, enterrada bajo la droga aún más fuerte de las Hermanas. Él solo podía esperar ... y dormir.

Cuando despertó estaba totalmente oscuro, y se percató que podría mover sus brazos y piernas en su red de cuerdas casi naturalmente. Deslizó uno de los junquillos de debajo de su almohada y lo mordisqueó cuidadosamente. Ella le había dejado media docena, y los primeros dos los había consumido ya casi completamente.

El pistolero puso el atado de vuelta bajo la almohada, entonces comenzó a temblar como un perro mojado en un aguacero. *Tomé demasiado, pensó. Tendré suerte de no convulsionarme -*

Su corazón, latía como un motor desbocado. Y entonces, para empeorar las cosas, vio luz de vela en el lado alejado del corredor. Un momento después escuchó el murmullo de sus togas y el arrastre de sus zapatillas.

Dioses, ¿por qué ahora? Me verán temblar, se darán cuenta -

Haciendo acopio de toda su fuerza de voluntad y control, Roland entornó los ojos y se concentró en estabilizar sus temblorosas extremidades. ¡Si tan solo se encontrase sobre la cama en vez de en esas malditas correas, que parecían temblar con sus propias convulsiones a cada momento!

Las Hermanitas se acercaron. La luz de sus velas relumbró roja por entre sus párpados cerrados. Esta noche no reían, ni murmuraban entre ellas. No fue sino hasta que estuvieron sobre él que Roland se dio cuenta del extraño a su alrededor – una criatura que respiraba por la nariz, en grandes y babosos jadeos de aire mezclado con moco.

El pistolero yacía con los ojos cerrados, los fuertes tirones y saltos de sus brazos y piernas bajo control, pero con los músculos aún endurecidos duramente acalambrados, temblando bajo la piel. Cualquiera que lo hubiese mirado de cerca se hubiera percatado de que algo andaba mal con él. Su corazón galopaba como un caballo fustigado, seguramente lo verían

Pero no era a él a quien miraban – todavía no, al menos.

‘Quítaselo,’ dijo Mary. Hablaba en una mundana versión de la baja lengua que Roland apenas comprendía. ‘Luego al’otro. Anda, Ralph.’

‘¿Dará whik-sky?’ Preguntó el moqueante, su dialecto era aún más primitivo que el de Mary. ¿Dará ‘baco?’

‘¡Sí, sí, mucho whisky y mucho tabaco, pero no hasta que hayas quitado esas miserables cosas!’ Impaciente. Quizá, también asustada.

Roland giró cuidadosamente la cabeza a su izquierda y entreabrió los párpados.

Cinco de las seis Hermanas Pequeñas de Eluria se apiñaban en el lado alejado del lecho del durmiente John Norman, sus velas se elevaron para proyectar su luz sobre él. También la luz se proyectó en sus rostros, rostros que habrían dado pesadillas al hombre más fuerte. Ahora, en medio de la noche su glamour se dejaba de lado, y eran solo antiguos cadáveres con voluminosos hábitos.

La Hermana Mary tenía una de las pistolas de Roland en su mano. Al ver que la sostenía, Roland sintió un brillante destello de odio por ella, y se prometió a sí mismo que pagaría por su osadía.

La cosa que se postraba al pie de la cama, tan extraña como era, casi parecía normal en comparación con las Hermanas. Era uno de la gente verde.

Roland reconoció a Ralph enseguida. Sería difícil olvidar aquel sombrero de bombín.

Ahora Ralph caminaba lentamente rodeando la cama hacia el costado de la cama más cercano a Roland, bloqueando momentáneamente al pistolero su visión de las Hermanas. El mutante llegó hasta la cabeza de Norman, devolviendo, sin embargo la visión de las brujas por entre sus párpados una vez más.

El medallón de Norman yacía expuesto – el chico quizá había despertado lo suficiente para sacarlo de su camisón, esperando que de ese modo lo protegiera mejor. Ralph lo tomó en su mano de cebo derretido. La Hermana observó ansiosamente al brillo de sus velas mientras el hombre verde estiró al tope su cadena... y entonces la puso en su sitio otra vez. Sus rostros se ajaron en frustración.

‘No me interesa eso,’ Dijo Ralph con su voz grumosa. ‘¡Quiero whik-sky! ¡Quiero ‘baco!

‘Lo tendrás,’ Dijo la Hermana Mary. ‘¡Suficiente para ti y tu piojoso clan. Pero primero, debes quitarle esa horrenda cosa! ¡A ambos! ¿Comprendes? Y no debes molestarnos.’

‘¿O qué?’ preguntó Ralph. Reía. Era el sonido ahogado y gorgoteante de la risa de un hombre que moría de alguna terrible enfermedad de la garganta y los pulmones, pero Roland la prefería a las risitas de las Hermanas ‘O qué, Ermana Mary, ¿beberás mi bluído? ¡Mi bluído te dejaría muerta ahí donde estás, y brillando en la oscuridad!’

Mary levantó el revólver del pistolero y lo apuntó a Ralph. ‘Toma esa maldita cosa, o morirás donde estás.’

‘Y probablemente moriré después de hacer lo que quieres.’

La Hermana Mary no dijo nada sobre eso. Las otras miraban fijamente con sus ojos negros.

Ralph bajó la cabeza, aparentemente pensando. Roland sospechó que el amigo Bombín *podía* pensar también. La Hermana Mary y sus cohortes quizá no lo creyeran, pero Ralph *debía* ser inteligente para haber sobrevivido tanto como hasta ahora. Pero desde luego cuando llegó aquí, no había considerado las pistolas de Roland.

‘Smasher se equivocó en darte los disparadores,’ dijo al fin. ‘Darlos y no decirme. ¿Le diste whik-sky? ¿Le diste ‘baco?’

‘Eso no te importa,’ replicó la Hermana Mary. ‘Quita ese trozo de oro del cuello del chico ahora mismo, o pondré una de las balas del hombre que está más allá en lo que queda de tu cerebro.’

‘Está bien,’ dijo Ralph. ‘Como desees’.

De nuevo, se inclinó y tomó el medallón de oro en su puño derretido. Lo hizo lentamente; después todo ocurrió rápido. Tiró de él, rompiendo la cadena y arrojando descuidadamente el oro hacia la oscuridad. La otra mano descendió, hundió sus largas y mugrientas uñas en la garganta de John Norman y la desgarró.

La sangre fluyó de la garganta del indefenso muchacho en un abundante y palpitante borbotón más negro que rojo a la luz de las velas, y el chico emitió un burbujeante lamento. Las mujeres gritaron – pero no de horror. Gritaron como lo hacen las mujeres en un frenesí de excitación. El hombre verde estaba olvidado; Roland estaba olvidado; todo estaba olvidado salvo la sangre de vida que fluía de la garganta de John Norman.

Arrojaron las velas. Mary arrojó el revólver de Roland de la misma nefasta y descuidada manera. Lo último que vio el pistolero fue que Ralph pasaba velozmente hacia las sombras (whisky y tabaco en otra ocasión, debió haber pensado el buen Ralph; pero esta noche le convenía más concentrarse en salvar su propia vida) mientras las hermanas se inclinaban para conseguir lo más que pudieran del líquido antes que éste se secase.

Roland yacía en la oscuridad, sus músculos temblaban, su corazón martillaba, escuchando a las arpias alimentarse del muchacho moribundo de la cama contigua a la suya. Pareció durar para siempre, pero al final acabaron con él. Las Hermanas encendieron sus velas nuevamente y se fueron, murmurando.

Cuando la droga de la sopa una vez más supero a la droga de los junquillos, Roland se sintió agradecido ... aunque por primera vez desde que llegó aquí, su sueño fue perverso.

En el sueño, se hallaba de pie mirando el cuerpo embotado en la pileta del pueblo, pensando en una línea del libro que marcaba REGISTRO DE DELITOS Y CASTIGOS. *Gente verde echada de aquí*, había leído, y quizá la gente verde *había* sido echada de ahí, pero después había llegado una tribu peor. Las Hermanas Pequeñas de Eluria, se hacían llamar. Y de aquí a un año, podrían ser las Hermanas Pequeñas de Tejuas, o de Kambero, o de alguna otra villa del lejano oeste. Venían con sus campanas y sus bichos... ¿De dónde? ¿Acaso importaba?

Una sombra se proyectó junto a la suya en el agua espumosa de la pileta. Roland intentó volverse y encararla. No pudo, fue detenido en su lugar. Entonces una mano verde le agarró el hombro y lo hizo volverse. Era Ralph. Su sombrero de bombín se hallaba de nuevo en su cabeza, el medallón de John Norman, ahora rojo por la sangre, colgaba alrededor de su cuello.

‘¡Booh!’ chilló Ralph, sus labios fruncidos en una mueca desdentada. Levantó un gran revólver con gastadas culatas de madera de sándalo. Amartilló con el pulgar.

- Y Roland despertó de golpe, temblando completamente, con la piel tanto húmeda como fría. Miró hacia la cama de la izquierda. Estaba vacía, la sábana estirada y pulcramente metida, la almohada descansaba sobre ella en su nivea funda. No había señales de John Norman. Aquella cama, pudo estar vacía durante años.

Roland ahora estaba solo. Los Dioses le ayudaran, él era el último paciente de las Hermanas Pequeñas de Eluria, aquellas dulces y pacientes hospitalarias. El último ser humano aún con vida en este terrible lugar, el último de sangre caliente fluyendo por sus venas.

Yaciendo suspendido, Roland apretó el medallón de oro en su puño y miró a través del corredor a la larga fila de camas vacías. Tras un momento, sacó de la almohada uno de los junquillos y lo mordisqueó.

Cuando llegó Mary, quince minutos después, el pistolero tomó el tazón que ella traía mostrando una debilidad que no sentía realmente. Gachas de avena en lugar de sopa esta vez ... pero no le cabía duda de que el ingrediente básico era el mismo.

‘Que bien te ves esta mañana,’ dijo la Gran Hermana. Ella misma se veía bien – no había señas que delataran al *vampiro* que se escondía en ella. Había cenado bien, y su comida la había reafirmado. El estómago de Roland se enrolló con este pensamiento. ‘Estarás de pie muy pronto, lo garantizo.’

‘Y una mierda,’ dijo Roland, hablando con gruñidos de apariencia enferma. ‘Ponme de pie y me estarás levantando justo después. He comenzado a preguntarme si no estarás poniendo algo en la comida.’

Ante ello rió alegremente. ‘¡Ah, estos muchachos! ¡Siempre ansían echar la culpa de su debilidad a la mujer que ayuda! ¡Cuánto nos teméis, sí, hasta vuestros corazones de muchachitos, cuánto teméis!’

‘¿Dónde está mi hermano? Soñé que había una conmoción con él por la noche, y ahora veo vacía su cama.’

Su sonrisa se encogió. Sus ojos centellaron. Él vino afiebrado y solicitó acomodo. Lo hemos llevado a la Casa de Meditación, que en su momento, ha sido el hogar de los contagiados por más de una ocasión.’

A la tumba es a donde lo habéis llevado, pensó Roland. Es posible que aquella sea una Casa de Meditación, pero pronto lo sabrás, de un modo u otro.

‘Yo sé que no eres hermano de ese chico,’ dijo Mary, mirándolo comer. Roland podía ya sentir la sustancia mezclada con la avena drenando sus fuerzas nuevamente. ‘Con sigul o sin él, yo sé que no eres su hermano. ¿Por qué mientes? Es un pecado contra Dios.’

‘¿Qué te hace pensar eso? Preguntó Roland, con curiosidad por saber si mencionaba las pistolas.

‘La Gran Hermana sabe lo que sabe. ¿Por qué no te confiesas Jimmy? Dicen que la confesión es buena para el alma.’

‘Envía a Jenna para pasar el rato, y quizá te diga mucho,’ dijo Roland.

La angosta línea de la sonrisa en el rostro de la Hermana Mary desapareció como escritura en tiza bajo una tormenta. ¿Por qué hablarías con alguien como ella?’

‘Es muy leal,’ Dijo Roland. ‘A diferencia de otras.’

Sus labios se contrajeron por sus dientes excesivamente largos. ‘No la verás más bribón. La has exaltado, y no toleraré eso.’

Se volvió para irse. Todavía intentando parecer débil y esperando no sobre actuarlo (la actuación nunca fue su fuerte) Roland ofreció el tazón vacío de avena. ‘¿No te llevarás esto?’

‘En lo que a mi concierne puedes ponértelo en la cabeza y usarlo como gorra de dormir. O metértelo por el culo. Hablarás antes de que haya terminado contigo, bribón – ¡hablarás hasta que te pida callar y después rogaras para hablar un poco más!’

Y con esto se marchó regia y rápidamente, sus manos levantaban el frente de su falda del suelo. Roland había oído que los de su clase no podían salir a la luz del día, y esa parte de la vieja historia era ciertamente una mentira. Sin embargo, otra parte era casi cierta, al parecer: una borrosa, y amorfa figura avanzaba con ella, deslizándose a lo largo de la fila de camas vacías a su derecha, pero no proyectaba una sombra en absoluto.

VI. Jenna. La Hermana Coquina. Tamra, Michela, Louise. El Perro-Cruz. Lo Que Ocurrió en la Salvia.

Aquel fue uno de los días más largos en la vida de Roland. Se medicó, pero nunca profundamente; los junquillos hacían su efecto, y había comenzado a creer que posiblemente, con la ayuda de Jenna podría realmente escapar de aquí. Asimismo estaba el asunto de las pistolas, - quizá Jenna pudiera ayudarle con eso también.

Pasó las horas lentas pensando en los viejos tiempos – en Gilead y sus amigos, en las adivinanzas en que casi había ganado en una Feria de Tierra Llena. Y al final otro se había llevado el ganso, pero él había tenido su oportunidad, sí. Pensó en su madre y en su padre; pensó en Abel Vannay, quien había cojeado de una vida de gentil bondad a una vida de maldad ... hasta que Roland lo había arrojado de su silla de montar, un buen día en el desierto.

Pensó, como siempre, en Susan.

Si me amas, entonces ámame, había dicho ... y él así lo hizo.

Así lo hizo.

De este modo pasó el tiempo. En duros intervalos de horas, tomó uno de los junquillos bajo su almohada y lo mordisqueó. Ahora sus músculos no temblaban tanto cuando la medicina recorría su sistema, ni su corazón latía tan ferozmente. La medicina de los junquillos ya no luchaba contra la medicina de las Hermanas tan fervientemente, pensó Roland; los junquillos iban ganando.

El difuso brillo del sol se movía a través de la blanca seda del techo de la guarida, y al final la oscuridad que siempre parecía cernirse al nivel de la cama comenzó a incrementarse. El muro este de la larga habitación brilló con las sombras del ocaso rosadas tornándose anaranjadas.

Fue la Hermana Tamra la que le trajo la cena aquella noche – sopa y otro panecillo. También dejó junto a su mano una solitaria lila. Sonrió al hacerlo. Sus mejillas brillaban de color. Todas ellas brillaban de color este día, como sanguijuelas que se habían hinchado hasta casi reventar.

‘De parte de tu admiradora, Jimmy’ dijo ella. ‘¡Es tan dulce contigo! Esta significa “No olvides mi promesa”. ¿Qué te ha prometido, Jimmy hermano de Johnny?’

‘Que me vería otra vez, y que charlaríamos.’

Tamra rió tan fuerte que las campanas alineadas en su frente tintinearón. Entrelazó las manos en un perfecto éxtasis de regocijo. ‘Dulce como la miel

¡Oh, Sí! Dirigió su feliz mirada a Roland. ‘Es triste que semejante promesa no pueda mantenerse. Nunca volverás a verla, hombre hermoso.’ Miró el tazón. ‘La Gran Hermana ha decidido.’ Se levantó, aún sonriendo. ‘¿Por qué no te quitas ese feo sigil de oro?’

‘Creo que no’

‘Tu hermano se quitó el suyo - ¡mira!’ apuntó, y Roland vislumbró el medallón de oro yaciendo en la parte alejada del corredor, donde había caído cuando Ralph lo arrojó.

‘Decidió que era parte de lo que le enfermaba, y se lo quitó, tú harías lo mismo si fueras inteligente.’

Roland repitió: ‘Creo que no’

‘Pues bien,’ dijo ella despidiéndose, y lo dejó solo con las camas vacías brillando en las crecientes sombras.

Roland aguardó, a pesar de su creciente somnolencia, hasta que los cálidos colores que salpicaban el muro oeste de la enfermería se tornaran cenicientos. Entonces mordisqueó uno de los junquillos y sintió fuerza – verdadera fuerza, no un repentino sustituto de nervios y martilleo del corazón en su cuerpo. Miró hacia el sitio donde el medallón abandonado brillaba con la última luz e hizo una silente promesa a John Norman: Lo llevaría junto con el otro a los familiares de Norman, si *ka* le daba la oportunidad de encontrarlos durante sus viajes.

Sintiendo su mente completamente despejada por primera vez aquel día, el pistolero se medicó. Cuando despertó la oscuridad era total. Los bichos-doctores cantaban con extraordinaria estridencia. Había tomado uno de los junquillos bajo su almohada y comenzaba a mordisquearlo cuando una fría voz dijo, ‘Así que – la Gran Hermana tenía razón. Escondes secretos.’

El corazón de Roland pareció detenerse mortalmente en su pecho. Miró alrededor y vio a la Hermana Coquina poniéndose de pie. Se había agazapado mientras él se medicaba y escondido bajo la cama a su derecha para observarlo. ‘¿De dónde has sacado eso?’ Preguntó. ‘Se lo he dado yo.’

Coquina se volvió. Jenna caminaba por el corredor hacia ellos. Su hábito había desaparecido. Aún usaba su toca con su revestimiento de campanas, pero su borde descansaba sobre los hombros de una sencilla camisa a cuadros. Bajo ella, usaba tejanos y unas desgastadas botas de desierto. Llevaba algo en las manos. Estaba demasiado oscuro para que Roland pudiese saber con certeza, pero pensó

‘TU,’ murmuró la Hermana Coquina con odio infinito. ‘Cuando le cuente a la Gran Hermana –

‘No dirás nada a nadie,’ dijo Roland.

Si hubiese planeado escapar de las correas que lo sujetaban, sin duda hubiese fracasado, pero, como siempre, el pistolero actuaba mejor cuando pensaba al final. Sus brazos se liberaron en un momento; lo mismo que su pierna izquierda. Sin embargo, la derecha estaba sujeta por el tobillo, manteniéndole colgado con sus hombros sobre la cama y su pierna en el aire.

Coquina se volvió hacia él, siseando como un gato. Sus labios se contrajeron mostrando unos dientes que eran agudos como agujas. Se apresuró hacia él, sus dedos extendidos. Las uñas en sus extremos parecían afiladas y mugrientas.

Roland tomó el medallón y lo proyectó hacia ella. Ella retrocedió ante él, aún siseando, y se volvió de vuelta hacia Jenna ondeando la blanca falda. ‘¡Acabaré contigo, ramera entrometida!’ chilló en una voz baja y áspera.

Roland luchaba para liberar su pierna sin conseguirlo. Estaba firmemente sujeta, la maldita correa en realidad envolvía el tobillo de alguna forma, como una horca.

Jenna levantó las manos, y él vio que había acertado: eran sus revólveres lo que ella traía, enfundados y colgando de los viejos cintos que había llevado de Gilead tras el último incendio.

‘¡Dispárale Jenna! ¡Dispárale!’

En vez de eso, y aún sosteniendo las pistolas enfundadas, Jenna negó con la cabeza como lo hiciera el día en que Roland la había persuadido de quitarse la toca para poder ver su cabello. Las campanas sonaron con una claridad que pareció perforar la cabeza del pistolero como una espiga.

Las Campanas Oscuras. El sigul de su ka-tet. Qué –

El sonido de los bichos-doctores se elevó a un estridente, y agudo grito que era pavorosamente similar al sonido de las campanas que Jenna usaba. No había en ellos nada de dulce ahora. Las manos de la Hermana Coquina vacilaron en su trayecto a la garganta de Jenna; y la propia Jenna apenas había vacilado o parpadeado.

‘No,’ susurró Coquina. ‘¡No puedes!’

‘Lo he hecho,’ dijo Jenna, y Roland vio a los insectos. Descendiendo de las piernas del hombre barbado, él había observado un batallón. Lo que ahora veía aproximarse de entre las sombras era el ejército de todos los ejércitos; de haber sido hombres en lugar de insectos, podrían haber sido más que todos los hombres que alguna vez portaron armas en la larga y sangrienta historia del Mundo.

Sin embargo, no sería la visión de éstos avanzando por las tablas del corredor lo que Roland siempre recordaría, y que obsesionaría sus sueños durante un año o más; era la manera en que cubrían las camas. Éstas se tornaban negras de dos en dos a ambos lados del corredor, como pares de opacas luces rectangulares apagándose.

Coquina gritó y comenzó a sacudir la cabeza, para hacer sonar sus campanas. El sonido que hacían era ligero e insignificante comparado con el agudo repicar de las Campanas Oscuras.

Los bichos aún continuaban el avance, oscureciendo el suelo, oscureciendo al ser

Jenna se apresuró a adelantar a la Hermana Coquina que gritaba, tiró de costado a Roland, y después tironeó de la torcida correa liberando el tobillo de Roland con un fuerte empujón.

‘Ven,’ dijo ella. ‘Les he hecho empezar, pero mantenerlos puede ser algo muy diferente.’

Ahora los gritos de la Hermana Coquina no eran de horror, sino de dolor. Los bichos la habían hallado.

‘No mires,’ dijo Jenna, ayudando a Roland a ponerse de pie. Él pensó que nunca en su vida se había sentido tan feliz de hacerlo. ‘Ven. Debemos darnos prisa – alertará a las otras. He puesto tus botas y ropas al lado del sendero que lleva lejos de aquí – he traído tanto como he podido. ¿Cómo estás? ¿Te sientes con fuerzas?’

‘Gracias a ti.’ Cuánto se mantendría con fuerzas, Roland no sabía ... y de momento realmente no importaba eso. Vio que Jenna recogía dos de los junquillos – en su lucha por liberarse de las correas se habían esparcido por la cabecera de la cama – y entonces avanzaron deprisa por el corredor, lejos de los bichos y de la Hermana Coquina, cuyos gritos se estaban apagando.

Roland se colgó las pistolas y las ató sin perder el paso.

Pasaron solamente tres camas de cada lado antes de llegar al extremo de la tienda ... y era una tienda, veía, no un vasto pabellón. Los sedosos muros y el techo eran raídos lienzos, lo suficientemente delgados como para traslucir la luz en su tercer cuarto de la Luna Besadora. Y las camas no eran en absoluto camas. Era solo una doble hilera de gastados catres.

Se volvió y vio una protuberancia contorsionándose en el suelo donde había estado la Hermana Coquina. Esta visión de ella provocó que a Roland lo asaltara un pensamiento desagradable.

‘¡Olvidé el medallón de John Norman! Un penetrante sentimiento de culpa – casi fúnebre – llegó hasta él como el viento.

Jenna metió la mano en el bolsillo de sus tejanos y lo sacó. Brillaba a la luz de la luna.

‘Lo recogí del suelo.’

Él no sabía qué le alegraba más – la visión del medallón o el verlo en su mano. Significaba que ella no era como las otras.

Entonces, como para disipar esa noción antes de que se afirmara demasiado, ella dijo: ‘Tómalo Roland – no puedo sostenerlo más.’ Y al tomarlo, pudo ver indudables marcas de quemaduras en sus dedos.

Tomó su mano y besó cada quemadura.

‘Gracias,’ dijo ella, y él pudo ver que lloraba. ‘Gracias, querido. Es tan hermoso ser besada, vale todo el dolor. Ahora ...’

Roland vio que volvía los ojos, y siguió el curso. Unas luces ondeantes descendían por el rocoso sendero. Más allá de ellas vio el edificio donde vivían las Hermanas Pequeñas – no era un convento sino una *hacienda* en ruinas que parecía tener mil años de antigüedad. Había tres velas acercándose, Roland vio que eran solo tres hermanas. Mary no estaba entre ellas.

Desenfundó sus pistolas.

‘¡Oooo, un hombre pistolero, es él!’ Louise.

‘¡Un hombre *terrible!*’ Michela.

‘¡Y ha encontrado a su amada así como sus armas!’ Tamra

‘¡Su zorra ramera!’ Louise.

Riendo coléricamente. Sin miedo ... al menos no de *sus* armas.

‘Guardalas,’ le dijo Jenna, y cuando lo miró vio que él ya lo había hecho.

Las otras, entre tanto, se habían acercado más.

‘¡Oooo, mirad, ella llora!’ Tamra.

‘¡Se ha quitado el hábito!’ Michela. ‘Quizá es por sus votos rotos por lo que llora.’

‘¿Por qué esas lágrimas, bonita?’ Louise.

‘Porque besó mis dedos donde había quemaduras,’ dijo Jenna. ‘Nunca antes me habían besado. Eso me hizo llorar.’

‘¡Ooooo!’

‘¡Adorable!’

‘¡Luego meterá su cosa en ella! ¡Más adorable aún!’

Jenna soportó sus burlas sin la menor señal de enojo. Cuando terminaron, dijo: ‘Me iré con él. A un lado.’

La miraron atónitas, las falsas risas desaparecieron por la impresión.

‘¡No!’ Murmuró Louise. ‘¿Estás loca? ¡Ya sabes lo que ocurrirá!’

‘No, y tampoco lo sabes tú,’ dijo Jenna. ‘Además, no me importa.’ Dio media vuelta y su mano señaló hacia la boca abierta que era la tienda del hospital. Era de un deslustrado oliva a la luz de la luna, con una vieja cruz roja pintada en su techo.

Roland se preguntó en cuántos pueblos habrían estado las Hermanas. Con esta tienda que parecía tan pequeña y simple en el exterior, y tan enorme y gloriosa en el interior. Cuántos pueblos y durante cuántos años.

Ahora, apiñándose en la boca de la tienda como una negra y brillante lengua, estaban los bichos-doctores. Habían dejado de cantar. Su silencio era en cierto modo terrible.

‘A un lado u os los echaré encima,’ dijo Jenna.

‘¡Jamás lo harías! Chilló la Hermana Michela con una grave y aterrada voz.

‘Ajá. Ya los he echado a la Hermana Coquina. Ella es ahora parte de la medicina.’

Sus jadeos eran como un viento frío pasando por árboles muertos. No era solo que todo aquel agravio fuera dirigido hacia sus propios y preciosos pellejos. Lo que Jenna había hecho iba más allá de su entendimiento.

‘Entonces estás maldita,’ dijo la Hermana Tamra.

‘¡Quiénes sois para hablar de maldición! A un lado.

Lo hicieron. Roland pasó delante de ellas y se alejaron de él. Pero se alejaron aún más de ella.

‘¿Maldita?’ Preguntó él después de haber descendido de la *hacienda* y llegado al sendero más allá de ella. La Luna Besadora brillaba sobre un inclinado lecho rocoso. A su luz, Roland pudo ver una pequeña abertura negra saliendo de la escarpa. Supuso que era la cueva que las Hermanas llamaban Casa de Meditación. ‘¿Qué quisieron decir con, maldita?’

‘No importa. Ahora solo debemos preocuparnos por la Hermana Mary. No me gusta que no la hayamos visto.’

Ella intentó caminar más deprisa, pero él aferró su hombro y la hizo volverse. Aún podía oír el canto de los bichos, pero levemente; estaban dejando atrás el lugar de las Hermanas. También Eluria, si la brújula en su cabeza aún funcionaba, creía que el pueblo estaba en la otra dirección. Los restos del pueblo, se corrigió.

‘Dime lo que quisieron decir.’

‘Quizá nada. No me preguntes, Roland - ¿Para qué? Está hecho, el puente se ha quemado. No puedo regresar. Ni lo haría si pudiera.’ Bajó la mirada, mordiéndose el labio, y cuando la subió nuevamente, Roland vio lágrimas frescas cayendo por sus mejillas. ‘He cenado con ellas. Había ocasiones en que no podía soportarlo, no más de lo que tú podrías soportar beber su miserable sopa, sin importar que supieras lo que contenía.’

Roland recordó a John Norman decir *Un hombre tiene que comer... una mujer, también*. Asintió.

‘No iría más allá de aquel camino. Si ha de haber maldición, que ésta sea por mi elección y no la suya. Mi madre tuvo buena intención al traerme de vuelta a ellas, pero se equivocó.’ Lo miró tímida y temerosamente ... pero lo miró a los ojos. ‘Iré junto a ti en tu camino, Roland de Gilead. Tan lejos como pueda, o tanto como me lo permitas.’

‘Eres bienvenida a compartir mi camino,’ dijo él. ‘Y me siento –‘

Bienaventurado por tu compañía, hubiese terminado de decir, pero antes de poderlo hacer, una voz habló desde la maraña de sombra de la luna sobre ellos, donde el sendero al fin se apartaba del rocoso y estéril valle en el que las Hermanas Pequeñas practicaban su magia.

‘Es triste detener tan hermosa huida, pero detenerla es lo que debo hacer.’

La Hermana Mary surgió de entre las sombras. Su fino hábito blanco con su brillante rosa roja se revirtió en lo que realmente era: la mortaja de un cadáver. Encapuchada entre sus sucios pliegues, había una arrugada y mugrienta cara por la que miraban atentamente dos ojos negros. Parecían dátiles podridos. Bajo ellos y expuestos por la sonrisa de aquella cosa, brillaban cuatro grandes incisivos.

Sobre la ajada piel de la frente de la Hermana Mary, las campanas tintinearono ... pero no las Campanas Oscuras, Roland pensó. Estaba eso.

‘Toma tu distancia,’ dijo Jenna. ‘O te lanzaré el *can tam*.’

‘No,’ dijo la Hermana Mary, acercándose, ‘no lo harás.’ No se aventurarán tan lejos de las otras. Sacude la cabeza y tañe esas malditas campanas hasta que los badajos se caigan, y aún así no vendrán.’

Jenna así lo hizo, sacudiendo furiosamente la cabeza de lado a lado. Las Campanas Oscuras sonaban estremecedoramente, pero sin aquella tonalidad extra casi psíquica con la que habían traspasado la cabeza de Roland como una espiga. Y los bichos-doctores lo que Jenna llamaba el *can tam* – nunca llegó.

Sonriendo aún más ampliamente (Roland creía que la propia Mary no estaba completamente segura que no llegaría hasta que se hiciera la prueba), la mujer cadáver se acercó a ellos, aparentando flotar sobre el suelo. Su mirada dirigió hacia él. ‘Y guarda eso,’ dijo ella.

Roland bajó la mirada y vio que tenía una de sus pistolas en la mano. No recordaba haberla desenfundado.

‘A menos que haya sido bendecida o sumergida en la humedad de alguna secta consagrada – sangre, agua, semen – no puede dañar a alguien como yo, pistolero. Pues yo soy más sombra que sustancia ... y sin embargo sería igual que para alguien como tú, en todo caso.’

Ella creyó que él intentaría dispararle, en cualquier caso; él lo veía en sus ojos. Esos disparadores son todo lo que tienes, decían sus ojos. Sin ellos, igualmente podrías estar de vuelta en la tienda que te hicimos imaginar, atrapado en nuestras correas y esperando nuestro placer.

En vez de disparar, volvió a enfundar el revolver y se lanzó sobre ella con las manos extendidas. La Hermana Mary profirió un grito que fue mayormente de sorpresa, pero no un grito largo; los dedos de Roland se constriñeron en su garganta y acallaron el sonido cuando este apenas comenzaba.

El tacto de su carne era obscuro – parecía no sólo vivo, sino multiplicado entre sus manos, como si quisiera escurrirse apartándose de él. Podía sentirlo correr como líquido, fluyendo, y la sensación era más horrible de toda descripción. Sin embargo, apretó más fuerte, determinado a estrangularla.

Entonces surgió un destello azul (no en el aire, pensaría después; aquel destello ocurrió dentro de su cabeza, un simple choque de luz como si ella hubiese provocado una breve pero poderosa agitación), y sus manos se apartaron bruscamente de su cuello. Por un momento, sus deslumbrados ojos vieron grandes gubias en su carne – gubias con la forma de sus manos. Después fue lanzado hacia atrás golpeando el lecho con su espalda y deslizándose, golpeándose la cabeza con una prominente roca lo suficientemente fuerte para provocarle un segundo, aunque más ligero, destello de luz.

‘No, mi hermoso hombre,’ dijo ella, gesticulando, riendo con aquellos terribles y opacos ojos. ‘No estrangularás a alguien como yo, y he tolerado suficiente tu impertinencia –

haré cortes poco profundos en cien lugares para refrescar mi sed primero, aunque, me llevaré a esta abdicada chica ... y tomaré esas malditas campanas tuyas en el proceso.

‘¡Ven a probar suerte!’ chilló Jenna con voz temblorosa, y sacudió la cabeza de lado a lado. Las Campanas Oscuras sonaron irónica y provocativamente.

La falsa sonrisa de Mary se desvaneció. ‘Oh, sí que puedo,’ murmuró. Bostezó. A la luz de la luna, sus colmillos brillaban en sus encías como agujas de hueso ensartadas en una almohada roja. ‘Puedo y lo –‘

Se oyó un gruñido por sobre ellos. Se incrementó, después se quebró en una descarga de furiosos ladridos. Mary se volvió a la izquierda, y en el momento en que la colérica cosa abandonó la roca en la que se postraba, Roland pudo leer claramente la absoluta perplejidad en el rostro de la Gran Hermana.

Se lanzó sobre ella, solo una oscura figura contra las estrellas, las patas extendidas de modo que parecía una especie de extraño murciélago, pero aún antes de que se estrellara contra la mujer, golpeándola en el pecho sobre los brazos a medio levantar y encajando sus propios dientes en su garganta, Roland supo exactamente lo que era.

Cuando la figura la hizo caer sobre su espalda, la Hermana Mary profirió un incoherente grito que atravesó la cabeza de Roland como las mismas Campanas Oscuras. Se puso en pie desaliñadamente, jadeando. La ensombrecida cosa cargó sobre ella, las zarpas delanteras a los lados de su cabeza, las traseras plantadas sobre la silueta grabada en el pecho de su mortaja, donde había estado la rosa.

Roland aferró a Jenna, que miraba a la Hermana caída con una suerte de gélida fascinación.

‘¡Vamos!’ gritó. ‘Antes de que decida que quiere un bocado de ti también,!’

El perro no se percató cuando Roland empujaba a Jenna, adelantándole. Había desgarrado.

La cabeza de la Hermana Mary estaba arrancada. Su carne parecía estar cambiando de algún modo – descomponiéndose, muy probablemente – pero fuera lo que fuese lo que estaba ocurriendo, Roland no quería verlo. Tampoco quería que Jenna lo viera.

Medio caminaron, medio corrieron a la cima del cerro, y cuando llegaron ahí se detuvieron para tomar aliento a la luz de la luna, ambos con las cabezas gachas, las manos unidas, jadeando ásperamente.

Los gruñidos y bufidos bajo ellos se desvanecían, pero eran aún audibles cuando la Hermana Jenna levantó la cabeza y le preguntó, ‘¿Qué era eso? Lo sabes – lo veo en tu rostro. ¿Y cómo pudo atacarla? Todas nosotras tenemos poder sobre los animales, pero ella tiene - tenía – mucho más.’

‘No sobre ese en particular.’ Roland se halló a sí mismo recordando al infortunado muchacho de la cama contigua. Norman no sabía por qué los medallones mantenían a raya a las Hermanas – si era por el oro o por el Dios. Ahora Roland sabía la respuesta.

‘Era un perro. Tan solo un perro de pueblo. Lo vi en la plaza, antes que la gente verde me noqueara y me llevara con las Hermanas. Supongo que otros animales que pudieron huir, *de hecho* lo hicieron, pero no aquel. Ese no tenía nada que temer de las Hermanas Pequeñas de Eluria, y de alguna manera lo sabía. Lleva el signo del Hombre-Jesús en su pecho. Piel negra sobre blanco. Solo un accidente de nacimiento, imagino. En cualquier caso, todo ha terminado para ella. Sabía que había estado merodeando por ahí. Escuché sus ladridos dos o tres veces.’

‘¿Por qué?’ susurró Jenna. ‘¿Por qué habría de venir? ¿Por qué habría de quedarse? ¿Y por qué arremetería contra ella de ese modo?’

Roland de Gilead respondió como lo hacía siempre y como lo habría de hacer por siempre cuando surgían preguntas tan inútiles y desconcertantes: ‘Ka. Vamos. Alejémonos tanto como sea posible de este lugar antes de poder encontrar un sitio para pasar el día.’

Tan lejos como pudieron resultó tan solo ser trece kilómetros cuando mucho ... y probablemente, pensó Roland cuando ambos se hincaron en una alfombra de salvia de dulce aroma bajo una saliente de roca, un buen tramo, al menos. Quizá ocho. Estaba aminorando la marcha o quizá era el residuo del veneno en la sopa. Cuando le quedó claro que no podría continuar más sin ayuda, le pidió uno de los junquillos. Ella se rehusó, diciendo que la sustancia que contenían podía combinarse con el desacostumbrado ejercicio para abatir su corazón.

‘Además,’ dijo mientras se recargaba contra el recoveco del terraplén que habían hallado, no nos seguirán. Las que todavía quedan – Michela, Louise, Tamra – estarán empacando para marcharse. Saben hacerlo cuando llega el momento; es por ello que las Hermanas han sobrevivido durante tanto tiempo. Como hemos sobrevivido. Somos fuertes en algunos aspectos, pero débiles en muchos más. La Hermana Mary olvidó eso. Su arrogancia hizo su parte igual que lo hizo el perro-cruz, creo.’

Había escondido no solamente sus botas y su ropa más allá de la cima del cerro, sino también sus dos bolsas más pequeñas. Cuanto intentó disculparse por no traer su saco de dormir y la bolsa más grande (había intentado, dijo, pero eran simplemente demasiado pesadas), Roland la silenció poniendo un dedo en sus labios. Le parecía un milagro tener cuanto tenía. Y además (esto no lo dijo, pero quizá ella lo sabía, en todo caso), las pistolas eran las únicas cosas que realmente importaban. Las pistolas de su padre, y del padre de su padre, y así hasta los días de Arthur Eld cuando los sueños sobre dragones todavía poblaban la tierra.

‘¿Estarás bien?’ preguntó él mientras se acomodaban. La luna se había puesto, pero el amanecer aún distaba al menos unas tres horas. Los rodeaba el dulce aroma de la salvia. Un aroma purpúreo, pensó entonces ... y lo pensaría por siempre. Podía ya sentirlo formar una especie de alfombra mágica bajo él, que pronto lo llevaría flotando al sueño. Pensó que nunca se había sentido tan cansado.

‘Roland, no lo sé.’ Pero aún así, él creía que lo sabía. Su madre la había traído de vuelta una vez; y no había madre que la devolviese una vez más. Y ella había comido con las otras, había tomado la comunión de las Hermanas. Ka era una rueda; también era una red de la que nadie escapaba jamás.

Pero ahora se encontraba demasiado cansado para pensar en tales cosas --- ¿Y qué provecho tenía de cualquier modo? Como había dicho ella, el puente se había quemado. Aún si pretendían regresar al valle, Roland supuso que no hallarían más que la cueva que las Hermanas llamaban la Casa de Meditación. Las Hermanas supervivientes habrían empacado su tienda de pesadilla y se habrían marchado, sólo un sonido de campanas e insectos cantores marchando en la tardía brisa nocturna.

La miró y levantó una mano (la sintió pesada), y tocó el rizo que una vez más descansaba en su frente.

Jenna rió, avergonzada. ‘Ese siempre se escapa. Es caprichoso, como su dueña.’

Levantó la mano para meterlo, pero Roland le tomó los dedos antes que pudiera hacerlo. ‘Es hermoso,’ dijo. ‘Negro como la noche y tan bello como la eternidad.’

Se incorporó – le tomó esfuerzo; la debilidad se drenaba por su cuerpo como suaves manos. Besó el rizo. Ella cerró los ojos y suspiró. La sintió temblar bajo sus labios. La piel de su frente estaba muy fresca; la curva del caprichoso rizo como la seda.

‘Quítate la toca, como hiciste antes,’ dijo.

Ella lo hizo sin hablar. Durante un momento, solo la miró. Jenna le devolvió la mirada, gravemente, sus ojos nunca se apartaron de los de él. Recorrió su cabello con las manos, sintiendo su suave peso (como lluvia, pensó, lluvia con peso), entonces la tomó por los hombros y besó sus dos mejillas. Se apartó por un momento.

‘¿Me besarías como besa un hombre a una mujer, Roland? ¿En la boca?’

Ajá.

Y, como había pensado hacer mientras yacía atrapado en la sedosa tienda enfermería, la besó en los labios. Ella le devolvió el beso con la inocente dulzura de quien nunca antes ha sido besada, excepto quizá en sueños. Roland pensó entonces en hacerle el amor – hacía ya mucho, mucho, y ella era hermosa, pero en vez de eso se durmió, aún besándola.

Soñó con el perro-cruz, ladrando mientras andaba a través de un vasto paisaje. Lo siguió, queriendo ver el motivo de su agitación, y pronto lo hizo. En el extremo alejado de aquella planicie se erguía la Torre Oscura, su ahumada roca se dibujaba contra la opaca esfera anaranjada del sol poniente, sus temibles ventanas se elevaban en espiral. El perro se detuvo ante esta visión y comenzó a aullar.

Unas campanas – peculiarmente agudas y tan terribles como la perdición – comenzaron a sonar. Campanas oscuras, supo, pero su tono era de plata brillante. Al sonido de éstas, las oscuras ventanas de la Torre relumbraron con una mortal luz roja – el rojo de las rosas venenosas. Un grito inenarrable se elevó en la noche.

El sueño se disolvió en un instante, pero el grito permaneció, ahora desvaneciéndose en un gemido. Aquella parte era real – tan real como la Torre, apostándose en su sitio en el

mismo fin del Mundo Final. Roland volvió a la claridad del amanecer y al purpúreo aroma de la salvia silvestre. Había desenfundado ambas pistolas, y se encontraba de pie antes de siquiera darse cuenta que estaba despierto.

Jenna había desaparecido. Sus botas yacían vacías junto a su bolsa. A poca distancia, sus tejanos yacían tan planos como abandonadas pieles de serpiente. Sobre ellos estaba su camisa. Estaba, observó Roland maravillado, aún metida dentro de los pantalones. Sobre ellos estaba su toca vacía, con su reborde de campanas yaciendo en el polvoriento suelo. Pensó por un momento, que sonaban, confundiendo el sonido que había oído al principio.

No de campanas sino de bichos. Los bichos-doctores. Cantaban en la salvia, sonaban un poco como los grillos, pero mucho más dulce.

‘¿Jenna?’

No hubo respuesta ... a menos que respondieran los bichos. Pues de pronto dejaron de cantar.

‘¿Jenna?’

Nada. Sólo el viento y el aroma de la salvia.

Sin pensar en lo que hacía (como ejecutando un papel, el pensamiento razonado no era su punto fuerte), se inclinó, recogió la toca, y la sacudió. Las Campanas Oscuras sonaron.

Durante un momento, nada ocurrió. Entonces un millar de pequeñas criaturas oscuras se escurrieron por entre la salvia, reuniéndose en la resquebrajada tierra. Roland pensó en el batallón que marchaba bajando por un costado del cargador y dio un paso atrás. Luego mantuvo su posición. Advirtiendo que los bichos mantenían la suya.

Creyó comprender. Algo de su entendimiento provenía de su recuerdo de cómo la carne de la Hermana Mary se había sentido bajo sus manos ... como la sentía *multiplicarse*, no una cosa, sino muchas. Parte de él era lo que ella había dicho: *He cenado con ellas*. Las de su especie podrían no morir nunca, pero podrían *cambiar*.

Los insectos titubearon, una oscura nube de ellos manchaban la blanca y polvorienta tierra.

Roland sacudió nuevamente las campanas.

Los recorrió un temblor en una onda sutil, y entonces comenzaron a formar una figura. Dudaron, como si no estuvieran seguros de cómo continuar, se reagruparon, y comenzaron de nuevo. Lo que eventualmente hicieron en la blancura de la arena, ahí entre el brillante mullido de salvia color lila era una de las Grandes Letras: la letra C.

Excepto que, no era realmente una letra, vio el pistolero, era un rizo.

Comenzaron a cantar, y a Roland le parecía que cantaban su nombre.

Las campanas cayeron de su mano inerme, y cuando tocaron el suelo y sonaron ahí, la masa de bichos se dispersó, corriendo en todas direcciones. Pensó en reunirlos de vuelta – sonar la campana otra vez podría conseguirlo – pero ¿Con qué objeto? ¿Con qué fin?

No me preguntes, Roland. Está hecho, el puente se ha quemado.

Y sin embargo, ella había venido a él una última vez, imponiendo su voluntad sobre miles de pequeñas partes que debieron perder la habilidad de pensar cuando el conjunto perdió su cohesión ... y aún así ella había pensado, de algún modo, lo suficiente para hacer aquella figura. ¿Cuánto esfuerzo pudo haber requerido aquello?

Se expandieron más y más ampliamente, algunos desapareciendo entre la salvia, algunos trepando por los lados de la saliente, escurriéndose por entre las hendiduras donde podrían, quizá, esperar al calor del día.

Se habían marchado. *Ella* se había marchado.

Roland se sentó en el suelo y puso sus manos sobre la cara. Pensó que iba a llorar, pero de momento, la urgencia pasó; cuando levantó la cabeza nuevamente, sus ojos estaban tan secos como el desierto en el que eventualmente se convertirían, aún tras la pista de Walter, el hombre de negro.

Si ha de haber maldición, había dicho ella, *que esta sea por mi elección y no la suya.*

Él sabía lo suyo sobre maldición ... y se le ocurrió que las lecciones, lejos de terminar, estaban apenas comenzando.

Ella le había traído la bolsa que contenía su tabaco. Lió un cigarrillo y lo fumó en cuclillas. Lo fumó hasta que quedó una brillante colilla, mirando sus vacías ropas entre tanto, recordando la firme mirada de sus oscuros ojos. Recordando las chamuscadas marcas de sus dedos por la cadena del medallón. Y aún así, lo había levantado, porque había sabido que él lo quería; se atrevió a sufrir, y Roland ahora llevaba ambos en el cuello.

Cuando salió completamente el sol, el pistolero partió rumbo al oeste. Eventualmente encontraría otro caballo, o una mula, pero por el momento le agradaba caminar. Todo aquel día se llenó de un místico sonido cantor y tintineante en sus oídos, como campanas. Varias veces se detuvo y miró alrededor, seguro de que vería una forma oscura siguiéndole por el suelo, persiguiéndolo como nos persiguen las sombras de nuestros mejores y peores recuerdos, pero ahí no había figura alguna. Se hallaba solo en la baja colina al oeste de Eluria.

Bastante solo.